COMEDIA FAMOSA.

MENTIR, Y MUDARSE A UN TIEMPO, EL MENTIROSO EN LA CORTE.

De Don Diego, y Don Joseph de Figueròa y Cordova.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Diego.	** *Doña Isabèl.*	** *Moscon, gracioso.*	** *Inès, criada.*
Don Luis.	** *Don Pedro, viejo.*	** *Luisa, criada.*	** *Dos Mozos de Silla.*
Don Juan.	** *Doña Juana.*	** *Fabio, criado.*	** *Musica.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Don Diego, y Moscon de camino.

Dieg. Gracias à Dios, que llegamos.
Mosc. Quatro mil gracias le doy.
Dieg. Rendido, Moscon, estoy.
Mosc. Desde Olmedo caminamos
veinte y cinco leguas fieras:
mal huviesse el majadero,
que fue el inventor primero
de postas, y de carreras.
Ya estàs en Madrid, en fin:
no diràs con què intencion
despediste al Postillon,
tu quartago, y mi rocin?
Y misterioso, y pausado
vienes por el Parque ahora
subiendo àcia la Priora?
Dieg. Ya al sitio havemos llegado
del Prado Nuevo, à quien riega
sus apacibles distritos
la fuente de Leganitos.
Mosc. La fama, que es andariega,
piadosa, y caritativa,
le aplaude por varios modos,
aunque su alabanza à todos
se les hace cuesta arriba.
Dieg. Ahora decirte intento
mi pensamiento, que ha estado
oculto. *Mosc.* Nunca à un barbado
le digas tu pensamiento.
Dieg. Oye.
Hablan à parte Don Diego, y Moscon, y sale por un lado Don Juan.
Juan. A este sitio he venido,
por vèr mi cuidado en èl,
si la divina Isabèl
con su pie le ha florecido;
que como en tiernos primores
le pisen sus plantas bellas,
lograrà el Prado en Estrellas
el imperio de sus flores.

Mas no es Don Diego de Luna
el que miro? *Miranse.*
Dieg. O yo me engaño,
ò este es Don Juan de Avendaño.
Juan. Don Diego? *Dieg.* Ya la fortuna
en sus brazos me recibe,
pues haviendoos encontrado
mis dichas ha assegurado.
Juan. Y ya en ellos apercibe
mi amistad la confianza,
con que à deciros me obligo,
que soy vuestro fiel amigo.
Dieg. Nunca dudò mi esperanza
vuestra fè, porque en mi pecho
teneis el mismo lugar.
Mosc. Yo tambien te he de abrazar.
Juan. Moscon, muy hombre te has hecho.
Mosc. Despues sabràs cosas grandes.
Juan. Desde que à Flandes partisteis
sola una vez me escrivisteis.
Mosc. No huvo mas lugar en Flandes,
que de aprender el lenguage
del Paìs, y el que la guerra
en sus terminos encierra,
llamando al hurtar pillage;
à la presa, contradique;
à la manteca, buturo;
à la almena, casamuro;
à los Lugares, Mastrique;
Bulburque, Brujas, Dunquerque,
Lobayna, Ostende, Malinas;
à las montañas, colinas;
à las tapias, onaberque:
y en fin, para con destreza
beber cerbeza sin daños,
que son menester diez años
para entrar en la cabeza;
nos ofuscamos de modo,
que en aquesto consumimos
el tiempo que allì estuvimos,
y aun no lo aprendimos todo.
Juan. Aun te dura el buen humor?
Mosc. Si señor, que de esta suerte
doy tres higas à la muerte,
y me rio del Doctor;
que el que vive sin ninguna
pena, ambicion, ni querellas,
se burla de las Estrellas,
y govierna à la fortuna.
Juan. Bien dices, que el que en su estado,
ni embidiado, ni embidioso
vive contento, es dichoso:
mas dexando aquesto à un lado,
saber la ocasion pretendo,
que tan presto de la guerra
de Flandes assi os destierra.
Dieg. Escuchadla. *Juan.* Ya os atiendo.
Dieg. Bien os acordais, Don Juan,
de aquel venturoso tiempo,
en que nuestros corazones,
con un nudo tan estrecho,
vincularon el cariño,
que reduxo nuestro afecto
à una voluntad dos vidas,
dos motivos à un intento,
à un pecho dos corazones,
y dos almas à un deseo.
Ya os acordarèis tambien
de aquel lance, en que mi azero
(que las mas veces se forman
del acaso los empeños)
hiriò à aquel hombre en el Prado,
porque arrogante, y sobervio,
quiso apartarme de un coche,
donde feriaba el intento
de vèr el rostro à una dama,
à un aparente cortejo,
que sin saberlo el cariño,
le suele afectar el ruego.
Juan Ya todo el sucesso supe;
y que en esse tiempo mesmo,
por huir de la justicia,
que buscaba con desvelo
al agressor, os partisteis
havrà dos años, y medio,
sin gusto de vuestro padre,
que nunca supo este empeño,
à Flandes. *Dieg.* Oìd ahora
lo que falta del sucesso.
Embarcado en un Navìo,
monstruo de dos elementos,
que al ayre rompe àcia fuera,
y el agua corta àcia dentro,
surquè del mar los crystales,
y lleguè à Flandes, à tiempo
que el Rey de Francia, en persona
abra-

abrasando, y destruyendo
el fertil Paìs de Henao,
con un campo, en que se vieron
llenos de plumas, y galas
treinta mil Soldados viejos,
puso sitio à Valenciànes,
Plaza donde obrò el diseño,
al fortificar sus muros,
tan Militares aciertos,
que se adelantò en el arte
la execucion al intento.
Llegò la nueva à Bruselas
del sitio; y aquel Mancebo
generoso, aquel prodigio
de la guerra, cuyo esfuerzo
en immortales Archivos
vincùla la fama al tiempo;
el señor Don Juan, en fin,
que solo su nombre excelso
puede epilogar sus glorias
Coronista de sì mesmo:
viendo que aquella Provincia
se aventuraba, perdiendo
la Plaza, juntò sus Tropas,
y ya arrestado al empeño
de socorrerla en persona,
haciendo lisonja al riesgo,
saliò à campaña; y fiando
de aquella faccion el peso
al de Condè, y Carazena,
Capitanes, à quien dieron
tan repetidos laureles,
la fama, el valor, y el tiempo.
Formò el Campo, en Militares
Esquadrones, dividiendo
el Exercito en tres trozos,
y encargò el uno; mas esto
ya os lo havrà dicho la fama,
y juntamente aquel pliego
que escrivì, dandoos aviso,
Don Juan, del mayor sucesso,
que las Armas de Filipo,
Sol de España, y Señor nuestro,
en esta edad han tenido;
donde iguales se excedieron,
sin deber nada à la dicha,
el valor, con el ingenio.
Basta saber, que el contrario
Campo, derrotado al fiero
choque de nuestros Leones,
sus Esquadrones deshechos,
retirado el Rey de Francia
de su gente, prisioneros
dos Generales, entradas
sus trincheras, y en efecto;
ganada su Artillerìa,
tiendas, bagage, y pertrechos
de guerra, quedò la Plaza
socorrida, y en eternos
bronces, el nombre esculpido
de los tres; pues los tres fueron
los primeros al peligro.
Digalo el humor sangriento,
que vertieron sus heridas,
purpureo heroyco trofeo,
que rubricò sus victorias
en los Anales del tiempo.
Esto supuesto, dexando
aquel famoso sucesso
de la siguiente Campaña,
ya le sabreis, no lo cuento;
el socorro de Cambray:
Digo, en fin, que un Estrangero
Capitan Italiano,
como siempre han sido opuestos
à la Nacion Española,
dixo, arrogante, y sobervio,
que à su Nacion le debìa
la gloria, el lauro, y el premio
de aquella faccion. Yo entonces,
tocandome ya el empeño
por mi patria, le respondo:
De vuestra Nacion, confiesso,
que en la Militar Escuela
ha sido siempre un espejo,
donde se mira el valor;
pero con España fueron
ociosas las competencias,
quando tan vivos exemplos,
ya de antiguas tradiciones,
y ya acasos de modernos,
la dà el laurel sagrado,
por primera, en el manejo
de las armas. Replicòme:
y ya encendido en su pecho
el odio, y en mì la ira,

llegamos à los azeros,
de las palabras; si bien
mas dichoso mi ardimiento,
que su arrogancia, le hizo
medir una punta el suelo.
Muriò, en fin; y aquella noche,
fiando à su manto negro
mi vida, por desusadas
sendas, y rumbos inciertos,
lleguè al mar, à tiempo que
daba las velas al viento
un Navìo para España;
embarquème, y su elemento,
blandamente favorable,
sin oposicion del tiempo,
me conduxo à la Coruña:
parto à Madrid, donde llego
à tiempo que la fortuna
me avisa, Don Juan, al veros,
que ya acabaron mis ansias,
mis disgustos, mis empeños,
mis dudas, y mis pesares;
pues todo cessa, teniendo
de mi parte la fineza
de amigo tan verdadero.
Juan. Vos seais muy bien venido,
que ya en vuestra Patria, el riesgo
de aqueste lance, es ninguno:
y porque el señor Don Pedro
tenga tan alegres nuevas,
con vuestra licencia quiero
adelantarme. *Dieg.* Esperad,
que por ahora no intento
ir en casa de mi padre,
hasta averiguar primero
con què semblante recibe
mis travesuras, supuesto
que por ellas, sin su gusto,
me partì à Flandes, y buelvo
tambien sin su gusto ahora;
y assi unos dias pretendo
estàr oculto, entre tanto
que solicita algun medio
para bolver à su gracia
mi obediencia.
Juan. Pues Don Diego
si no vais à vuestra casa,
fuera agravio manifiesto
no serviros de la mia:
en ella estareis el tiempo
que gustaredes. *Dieg.* Amigo,
yo de vuestro noble pecho
aquesse favor admito,
porque brevemente espero
no cansaros.
Juan. Vive Dios, *ap.*
que ofrecì de cumplimiento
mi casa, y èl la ha aceptado:
y hospedarlo serà yerro,
teniendo en ella una hermana
moza, y por casar; mas esto
remediarlo determìno.
Puesto que honrais mis deseos
favoreciendo mi casa, *à èl.*
irè à prevenirla luego:
y por escusar el lance
de que nadie os vea, siendo
tan conocido en Madrid,
ni sepa el señor Don Pedro
vuestra venida, podeis
retiraros, y en lo espeso
del Parque aguardar la noche,
mientras yo à buscaros buelvo
para llevaros conmigo.
Dieg. Ya fuera, Don Juan, excesso
costaros tanto cuidado;
donde vivìs? *Juan.* No està lexos;
en la calle del Relox,
casas de Don Luis Pacheco,
como entrais, à mano izquierda,
à tres casas. *Dieg.* Al momento
que anochezca irè à buscaros.
Juan. Pues allà, amigo, os espero.
Dieg. Id con Dios.
Juan. El Cielo os guarde.
Pondrè su quarto tan lexos *ap.*
de Doña Juana mi hermana,
que cumpla, advertido, y cuerdo,
à un tiempo con su decoro,
y la amistad de Don Diego. *vase.*
Mosc. Dicha fue hallar à Don Juan,
en ocasion que podemos
estàr en su casa ocultos.
Dieg. Es amigo verdadero
desde nuestra edad primera,
quando, como sabes, ciegos
en

en la juventud, y el ocio
no dispensò nuestro aliento,
ni los empeños de Marte,
ni las delicias de Venus.

Mosc. Ya me acuerdo, señor mio,
de esse tiempo; y ya me acuerdo
de que tu, por influencia
de algun Planeta moñero,
ò de algun Astro gran Turco,
que influyò en tu nacimiento,
naciste tan divertido,
tan antojadizo, y tierno,
que quantas vès, tantas quieres,
sin reparar tus deseos
en edad, talle, ni cara;
tanto, que te vì muy tierno
enamorar à una zurda;
y otra vez (aun mas fue esto)
à cierta Dueña passante
de sesenta, punto menos,
que castigò tu mal gusto
pidiendote en casamiento.

Dieg. Moscon, essa propriedad,
aun mas que por vituperio,
la tengo por alabanza;
pues burlando los estremos
de amor, y su tyranìa,
doy à mi cuidado un medio,
donde la comodidad
nunca aventura el sossiego.

Mosc. Y dì, como has de salvarme,
(perdona, si te reprehendo
tus descuidos) la faltilla
de mentir con tal excesso,
que una verdad en tu boca,
siquiera de cumplimiento,
jamàs la escucho, hasta el nombre
mudas, sin venir à pelo,
con quantas mugeres hablas;
yo te vì en tres galantèos,
que à un tiempo tuviste en Flandes,
llamarte Don Blàs, Don Mendo,
y Don Ramiro.

Dieg. Moscon,
contar con destreza un cuento,
y usar una fullerìa
en la ocasion el ingenio,
es discrecion,

Dentro Doña Isabèl.

Isab. Pàra, pàra,
que en el crystal lisonjero,
que aquesta fuente tributa,
pues està solo este puesto,
quiero divertirme un rato.

Mosc. Mugeres son.

Dieg. Ya lo veo.

Mosc. Ya se apean, y à este sitio
llegan.

Sale Doña Isabèl, è Inès con mantos.

Isab. Què apacible, y fresco
està el Prado Nuevo, Inès.

Inès. Aqui divertir podemos
lo que falta de la tarde,
que Don Luis tu hermano, entiendo,
(pues en todas partes se halla)
divertido con el juego,
no viene hasta muy de noche.

Isab. No le dixiste al cochero
que se fuesse? *Inès.* Si señora,
que fuera notable yerro,
siendo el coche conocido,
detenerle aqui, viviendo
las dos tan cerca. *Dieg.* Què dices
de aquel talle? *Mosc.* Que te veo,
mi Don Diego, con impulsos
de llegar, y poner cerco
à aquella Plaza. *Dieg.* Por Dios,
que su donayre me ha muerto:
què ayrosa muger, Moscon!

Mosc. No lo dixe yo? apostemos,
que ya te mueres por ella?

Dieg. Què quieres? no soy de yerro,
ni de bronce.

Mosc. Llega à hablarla,
pues la soledad, y el tiempo
te brindan con la ocasion.

Isab. Tapate, Inès, que no quiero
que nos conozcan.

Mosc. Señores;
atencion, que aquesto mesmo
harà mi amo con todas
las que aqui fueren viniendo.

Llegan los dos.

Dieg. Bello enigma, que el nublado
de esse manto ha obscurecido,
para hechizo del sentido,

para

para riesgo del cuidado:
en vano haveis ocultado
lo que en mi fè se assegura,
que como el alma es tan pura,
y al veros me dexò en calma,
ya por los ojos del alma
contemplo vuestra hermosura.
Esse embarazo grossero,
que densa nùbe os oculta,
al passo que os dificulta,
so descubre lisonjero,
que como el Sol:- *Isab.* Cavallero
elegante, culto, y sabio,
que haciendole al alma agravio,
muy falso, y muy satisfecho,
fiais la razon del pecho
de la erudicion del labio:
id con Dios, y esse concepto
del Alva, el Sol, y el nublado,
que traes bien estudiado,
guardad para otro sugeto,
que aqui de ningun efecto
os ha de ser la porfia.
Dieg. Culpa obedecer serìa,
aunque arriesgue el enojaros,
que ofenderos por amaros
no estraga la cortesia;
yo os adoro desde el punto
que os vì, y tan muerto::-
Isab. Esperad,
que se me hace novedad,
que me requiebre un difunto.
Dieg. Divino hermoso trasumpto
del Sol. *Isab.* Dexad las quimeras,
que esse Planeta en esferas
de luz, brillando reflexos,
de aqui està ahora muy lexos.
Dieg. Que asi os burleis de las veras
de mi amor!
Isab. Luego inducido
de tan repetido encanto,
como por brùjula el manto
en vuestra fè introducido,
me amais constante, y rendido?
Dieg. Asi es; porque sin miraros
sean indicios mas claros
de afectos tan verdaderos,
adoraros, para veros,
que veros, para adoraros.
Isab. Amor firme nunca emprende
fantasias, que el perfecto
amor crece en el objeto.
Dieg. Amor en lo que aprehende
se forma, y tal vez se enciende
su llama sin eleccion.
Isab. Amor, que funda en razon
su desvelo, y su fineza,
como vive en la firmeza
no cabe en una ilusion:
luego esse afecto ha nacido
de un antojo, que ha formado
la ocasion, sin el cuidado.
Dieg. En el alma he discurrido
vuestra hermosura, ella ha sido
quien revelò al pensamiento
su perfeccion. *Isab.* Y si atento
os passais, desde essa idèa
à verme, y me hallais muy fea?
Dieg. Vuestro raro entendimiento
amàra. *Isab.* Ya confessais
ser engaño el que emprendeis,
pues ingnorais lo que veis,
y no veis lo que ignorais.
Mosc. Y vos, Madama, no hablais
à un Soldado, que ha venido
de Flandes muy derretido
solo à veros? *Inès.* Trae dinero?
Mosc. No traygo; mas darte quiero::-
Inès. Què? *Mosc.* Un consejo.
Inès. Solo pido
doblones. *Mosc.* Si esse metal
te inclina, apacible, y blando,
niña, ya estoy acabando,
la piedra filosofal.
Dieg. Mi fè os adora immortal,
y dudarlo es ofenderme;
quando al Sol pude atreverme?
Isab. Porque vuestra fè me assombre,
decid quien sois; sepa el nombre
de quien me quiere sin verme
tan fino, amante, y galàn.
Dieg. Negarlo fuera delito,
yo me llamo Don Benito
Perez. *Inès.* Perez de Guzmàn?
Mosc. No, Reyna; por San Millàn,
que no puede irse à la mano

en mentir. *Inès.* Benito? es llano,
que el hombre no es Cavallero,
asi se llama el cochero
de casa; pero tu hermano,
señora.
Isab. Valgame el Cielo!
quedad con Dios, porque es fuerza
ausentarme, Cavallero.
Dieg. Sirviendoos irè. *Inès.* Que llega.
Isab. No es posible, antes os pido,
que aqui os quedeis; y si intenta
aquel hidalgo seguirme,
le detengais, que se arriesga
en ello mi honor, y vida.
Dieg. Asi lo harè *Isab.* Pues tan cerca
està nuestra casa, Inès,
podemos entrar en ella
por la puerta del jardin.

Vanse Doña Isabèl, è Inès por una puerta, y por otra sa'en Don Luis, y Fabio, criado.

Luis. Vive Dios, que mi sospecha
se aumenta con el recato
de las tapadas, que al verlas,
mi hermana Doña Isabèl
me ha parecido una de ellas.
Seguirèlas. *Detienele.*
Dieg. Ya es preciso
detenerle; asi lo ordena
mi industria: señor Don Lope
de Lara, escuchad. *Luis.* Advierta
vuestro engaño, que no soy
el que pensais. *Dieg.* Por las señas
me engañè. *Mosc.* Bolved: no vì
cosa que asi le parezca.
Luis. Quedad con Dios, Cavallero.
Dieg. Esperad. *Luis* Voy tan de priessa,
que no puedo. *Dieg.* Solo os pido,
que me digais::- *Luis.* Ay tal tema!
ya es necedad la porfia.
Dieg. No merece tan grossera
respuesta mi cortesia.
Luis. Palabras tan descompuestas
sabrà castigar mi azero. *Riñen.*
Mosc. Esto ha parado en pendencia.
Dieg. Yo cumplì mi obligacion.
Mosc. A ellos, que son badèas.

Entranse riñendo todos, y dicen dentro.
Fab. Muerto soy.
Mosc. Asi se ahorra,
que lo haga el Doctor.
Sale Don Diego, y Moscon con las espadas desnudas.
Dieg. Que tenga
esta mano tan pesada! *entran.*
Dentro. Dad à la calle la buelta,
seguidlos.
Dieg. Vive Dios,
que la justicia nos cerca.
Mosc. Què harèmos?
Dieg. Esta es la calle
de Leganitos, y en ella
no hay Templo que nos oculte;
ya es de noche, la primera
casa nos sirva de amparo.
Và tentando Moscon, y al lado del tablado ha de haver una puerta como de jardin abierta.
Mosc. Aguarda, señor, espera,
que aqui una puerta he encontrado
abierta, y segun las señas
de las ramas que la adornan,
es de algun jardin.
Dieg. Pues entra,
y ella ampare nuestras vidas.
Entranse por ella, y sale Doña Isabèl con diferente saya, è Inès.
Isab. Ay Inès! yo vengo muerta:
si nos conociò mi hermano?
Inès. No lo sè; mas dì, què intentas?
Saca Doña Isabèl una llave, y señala à otra puerta grande, que ha de haver en medio del tablado.
Isab. Abre essa puerta, que quiero,
por si aqui mi hermano llega,
que me halle con Doña Juana
nuestra vecina, que en essas
casas, que à la buelta caen,
y son accessorias de estas,
vive con Don Juan su hermano
de Avendaño, y de esta puerta,
que à entrambas casas divide,
tenemos llave maestra
las dos, por ser muy amigas,
y visitarnos por ella

los mas dias; pues con esto
desmentirè su sospecha.

Inès. Dices bien; pero antes quiero
cerrar, señora, la puerta
del jardin, que con el susto,
con el ahogo, y la priessa
la dexè abierta.

Al entrarse Inès, salen Don Diego, y Moscon con las espadas desnudas.

Dieg. Si os mueve
una desdicha, que ciega,
por cumplir mi obligacion,
me formò la contingencia,
(què peregrina hermosura!) *ap.*
permitid, que oculto pueda
librarme de la justicia,
que me sigue à toda priessa,
siendo vuestra casa asylo
de mi vida, aunque en la esfera
de vuestros ojos divinos
està mi prision mas cierta,
que en su violencia: Moscon,
has visto muger mas bella?
Perdìdo estoy, què me dices?

Mosc. Ahora enamoras? Reynas,
si acaso tienen de nones
en casa alguna despensa,
sotano, escoñce, rincon,
desvan, texado, escalera,
cueva, algive, pozo, noria,
cavalleriza, ò bodega,
escondednos, y libradnos
de la justicia, no sea,
que llegue aqui en nuestra busca,
y que estando en la presencia
del Sol, nos ponga à la sombra.

Isab. Sossegaos, y nada tema
vuestro rezelo: No es este *à Inès.*
Don Benito? yo estoy muerta.

Inès. Si señora. *Isab.* Què desdicha!
sin duda fue la pendencia *ap.*
con mi hermano. Cavallero,
ya en mi obligacion es deuda,
pues os valeis de mi casa,
ampararos: à essa pieza
os retirad, que yo ofrezco,
si aqui la justicia llega,
libraros. *Dieg.* Agradecido,
señora, à tanta fineza,
pondrè el alma à vuestros pies;
bien que advertiros es fuerza,
que viene en vuestras piedades
disfrazada una violencia,
que al darme vida me mata.

Mosc. Señores, que se requiebra
todo. *Isab.* Vòs haveis perdido
la memoria en la pendencia:
Bueno es decirme tapada *ap.*
lo mismo que descubierta;
mudable es, sobre llamarse
Don Benito.

Dent. D. Luis. Inès, Marcela,
Beltràn, traed unas luces.

Isab. Mi hermano, ay de mì! essa puerta
abre, Inès: Cavallero
retiraos. *Inès.* Pues còmo intentas
en casa de Doña Juana
esconderle? *Isab.* Assi no arriesga
el lance mi prevencion;
pues quando mi hermano venga
rezeloso, y quiera vèr
toda la casa, la agena
no ha de registrar. *Inès.* Bien dices;
apriessa. *Dieg.* Ved, que se queda
con vos el alma. *Mosc.* Essa trae
guisada à la Portuguesa.

Metelos Luisa por la puerta de enmedio, y cierrala, y sale Don Luis.

Luis. Hermana? Fortuna ha sido, *ap.*
que de peligro no sea
la herida de Fabio.

Isab. Hermano?

Luis. Dissimular mi sospecha *ap.*
conviene ahora: què has hecho
esta tarde? *Isab.* En la tarèa
del cañamazo ocupada,
y con Doña Juana bella,
mi vecina, de visita
he estado. *Inès.* Y yo con las medias
de pelo, que para ti
estoy haciendo, en conciencia,
que à puro mènear las manos,
las agujas, y la seda,
y el punto, tengo mayor
que esta casa la cabeza.

Luis. Vano mi rezelo ha sido. *ap.*

Inès. Y aunque me riñas, es fuerza
decirte, señor, que es cosa
terrible, que asi nos tengas
encerradas todo el año,
sin vèr Prado, ni Comedia,
ni fiesta alguna de quantas
la grande Madrid celebra,
teniendo una hermana aqui
tan virtuosa, y atenta,
que es un exemplar su vida
del recato, y la modestia.
Luis. Essas diversiones
en mugeres de la esfera
de Doña Isabèl mi hermana,
fueran indecentes muestras
de liviandad, y que al vulgo
dieran bastante materia
para murmurarse; y mas
quando por horas espera
Doña Isabèl à su Esposo
Don Diego de Luna y Leyva,
Cavallero noble, y rico,
que sirve al Rey en las guerras
de Flandes, à quien Don Pedro
su padre, en cartas diversas,
ha avisado los conciertos;
y solo espera que venga
para efectuarlos. *Isab.* Esso
es lo que mas me atormenta,
pues me caso sin mi gusto, *ap.*
Inès, mi hermano lo acierta,
porque las nobles mugeres
siempre estàn con mas decencia
en su casa, que en el Prado.
Y dexando esta materia,
tu rostro, hermano, me ha dicho
que traes alguna tristeza:
què tienes, Don Luis?
Luis. No es cosa
que importe: cierta sospecha,
que ya llega à desengaño,
me ocasionò una pendencia
en el Prado Nuevo, adonde
una herida, aunque pequeña,
dieron à Fabio; y la causa
fueron dos tapadas necias,
que por recato, y por burla
se encubrieron de manera
de mi, que quise seguirlas.
Isab. Què aquestos lances sucedan!
miren las malas mugeres
si sucediera por ellas
una desdicha. *Inès.* Por cierto,
que es un bobo el que se empeña
por dos mugercillas ruines.
Luis. Y aun essa, Inès, es mi tema,
que la honrada assista en casa.
Inès. Aun bien, que las dos apenas
vemos el Sol. *Luis.* Vèn, hermana.
Isab. Quien de mi altivèz creyera,
que me haya picado el vèr,
que dos à un tiempo festeja
en mì Don Benito? Amor,
notables son tus quimeras.

Vanse, y salen Don Diego, y Moscon como à obscuras.

Mosc. Segun se tarda esta dama,
parece que no se acuerda
de que nos tiene en el Limbo.
Dieg. Ay Moscon! jamàs quisiera
salir de aqui mi cuidado.
Mosc. Luego la quieres de veras?
Dieg. Esso preguntas? la adoro.
Mosc. Pues còmo tan presto dexas
à la tapada del Prado?
Dieg. Necio, puedo yo quererla
si no la he visto? *Mosc.* Don Diego,
como ripio no desechas
de amor, y en tu condicion
lo mismo es una, que ochenta,
juzguè que à entrambas querias.
Dieg. Ya en mi essa costumbre cessa:
sola esta hermosura adoro.
Què bizarra, què discreta
nos librò de la justicia!
Desde oy protesto, que sea
imàn de mis pensamientos,
sin que otro cuidado pueda
introducirse en el alma.
Mosc. Si duràre la protesta
mas tiempo, que el que tardares
en vèr otra, quiero en pena
de ser incredulo, sèr
calvo, zurdo, y ser Poeta,

que es peor que serlo todo.
Dieg. Aguarda, Moscon, espera,
que una luz, segun parece,
àcia esta puerta se acerca.
Mosc. Albricias; sin duda vienen
à sacarme de tinieblas.
Apartanse los dos à un lado, y salen Doña Juana, y Luisa con una luz.
Juana. Pon, Luisa, en esse bufete
essa luz, y mientras venga
Don Juan mi hermano, podràs
aderezar essa pieza
para el huesped, que esta noche
ha de venir. *Luisa.* Que obedezca
es preciso; mas què es esto? *velos.*
dos hombres, señora.
Juana. Apenas
muevo los labios: pues còmo
vos::- quàndo de esta manera
entrasteis? Ola, criados.
Dieg. Suspended la voz, que fuera
desayre en vuestra hermosura
valeros de otras violencias
para matarme; y teniendo
proprias armas con que puedan
triunfar de mì vuestros ojos,
fuera ociosa diligencia,
que con un rendido useis,
señora, de armas agenas.
Juana. Cielos, este Cavallero *ap.*
no es el que vive en mi idèa,
desde que por mì en el Prado
diò castigo à la sobervia
de aquel hombre, que à mi coche,
con resolucion grossera,
se llegò à reconocerme?
Decid, còmo en esta pieza
haveis entrado? que el pecho
al veros aqui, no acierta
con el susto. *Dieg.* Sossegaos,
y la purpura sangrienta,
que usurpò el miedo, bolved
al rostro: La contingencia
de un accidente, dispuso,
que yo un disgusto tuviera
en el Prado Nuevo; y siendo
alli el retirarme fuerza
de la justicia, encontrè
acaso la puerta abierta
de un jardin, entrè, y lleguè
à una sala, donde empeña
à una Dama mi peligro,
para que librasse en ella
mi amparo; y ella piadosa
me mandò entrar à esta pieza
por essa puerta. *Juana.* Sin duda,
que Doña Isabèl intenta
librarle de la justicia
por mi casa; y fue muy necia
resolucion, si mi hermano,
que ha poco que saliò fuera,
le hallasse aqui: Cavallero, *à èl.*
de essa Dama, que decìs,
y pudiera mas atenta,
y advertida, sanear
vuestro riesgo, sin mi ofensa,
para mi honor; pero no es tiempo
ahora de que mi quexa
aumente vuestro peligro:
à este Cavallero lleva
Luisa, y mirando primero
si hay en la calle quien pueda
estorvarlo, le pondràs
en salvo.
Dieg. A las plantas vuestras
postrado, ya he satisfecho
de esta obligacion la deuda;
pues vos me dais una vida,
y os dexo el alma por ella.
Mosc. El alma, hombre del demonio,
si en tantas partes la empeñas,
còmo has de poder sacarla?
Sale D. Juan. Vana fue mi diligencia:
no puedo hallar à Don Diego
en el Parque.
Juana. Yo estoy muerta: *ap.*
mi hermano::-
Repara Don Juan en Don Diego.
Juan. Mas ya ha venido, *ap.*
que no bastò mi cautela
à embarazar, que no viesse
à Doña Juana.
A Don Juan turbada.

Juana. Si piensas,
hermano, que yo he tenido
culpa ahora::- *Juan.* Bien pudieras
estarte en tu quarto: Vos *à èl.*
vengais muy en hora buena,
Don Diego, à honrar esta casa,
que ya con el alma espera
servir à tan noble huesped.
Juana. Ay tan estraña novela!
Aqueste es el Cavallero,
que Don Juan mi hermano hospeda?
Alma, bolved à vivir.
Dieg. La casa sin duda es esta *ap.*
de Don Juan: Ay tal sucesso!
proseguir su engaño es fuerza.
Nunca dudò mi amistad
A Don Juan.
iguales correspondencias
de vuestro pecho; y assi,
apenas la noche negra
eclipsò el Sol, quando vine
à esta casa, por las señas
que me disteis en el Prado;
llamè, Don Juan, à essa puerta;
y essas señoras me abrieron.
Mosc. Aquesta es la vez primera,
que ha mentido en su provecho.
Juana. Parece que se concierta *ap.*
su voz con mi turbacion.
Sì, hermano, de esta manera
sucediò. *Dieg.* Perdon os pido,
A Doña Juana.
señora, de que grossera
mi atencion, no os conociesse.
Juana. Yerro, que tan presto enmienda
la cortesia, no es yerro.
Ay Don Diego, si me vieras *ap.*
el alma. *Juan.* Venid, amigo,
A Don Diego.
descansarèis. *yendose.*
Dieg. Què belleza! *vase.*
Juana. Què buen talle!
Luisa. Què Laca yo
tan garifo! *Mosc.* Què sirvienta
tan meliflua! A Dios Aldonza.
Luisa. A Dios Cosme.
Mosc. A Dios Quiteria.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Diego, y Moscon.

Dieg. Estraño sucesso ha sido
el que anoche nos passò.
Mosc. Aun lo estoy dudando yo.
Dieg. Quièn, dime, huviera creìdo,
que por el falso postigo
de aquel jardin, sin pensar,
fuessemos los dos à dàr
à la casa de mi amigo?
Mosc. Notable desgracia fuera,
à ser la disculpa vana.
Dieg. Por Doña Juana su hermana,
mas que por mì, lo sintiera;
mas como no tuve culpa,
y Don Juan señas me diò
de su casa, nos valiò
à entrambos esta disculpa.
Mosc. Y dì, no te has informado
de aquella Dama primera
del jardin? Sabes quien era?
Dieg. Al descuido, de un criado
me informè; y como lo allana
el cuidado que en mì vès,
supe, que esta Dama es
de Don Luis Pacheco hermana,
y que se llama, Moscon,
Doña Isabèl. *Mosc.* Luego infiero,
que con esta, al retortero
tres Damas, Don Diego, son
las que traes. *Dieg.* No estès cansado:
tres Damas? *Mosc.* Es cosa llana,
Doña Isabèl, Doña Juana,
y la tapada del Prado.
Dieg. Si acaso mi pecho fiel
de las tres una eligiera,
presumo, Moscon, que fuera
la hermosa Doña Isabèl;
mas burlando este cuidado,
vive uf.no mi sossiego.
Mosc. Y no me diràs, Don Diego,
por què à la Dama del Prado
la dixiste muy severo,
por mentir assi un poquito,

que te llamabas Benito,
que es nombre de despensero?
Dieg. Como alli no me importò
(à su vista lisonjero)
decir mi nombre, el primero,
dixe, que se me ofreciò:
esta es maña vieja ya
del cuidado, si lo miras.
Mosc. Y dime, quantas mentiras
has dicho de ayer acà?
Dieg. Calla, loco.
Mosc. Tu al desgaire
las echas, que es bendicion.
Dieg. Dichas à buen tiempo, son
agudezas de buen ayre.
Mosc. Sabes en què he reparado?
que son santas tus promessas,
porque la verdad confiessas,
y nunca la has encontrado.
Dieg. Por loco, y simple te dexo.
Mosc. Ya parece que llegamos.
Dieg. Aguardate, que ya estamos
en la calle del Espejo.
Mosc. En ella tu padre vive:
dì, no le quieres hablar?
Dieg. Tu solo ahora has de entrar,
que he de vèr como recibe
mi venida; pero infiero
de su mala condicion,
que aun dure la indignacion:
en este portal te espero
de enfrente, y con lo que huviere,
pues vas de todo instruìdo,
me avisaràs advertido. *vase.*
Mosc. Venga ello como viniere.
Ahora bien, và de cautela;
yo en efecto soy un loco,
miento mucho, y medro poco,
porque estoy en buena Escuela.
Entrome, pues, de rondon;
salir el viejo previene,
que el coche à la puerta tiene:
tèn buen animo, Moscon,
porque eres hijo de buenos,
y segun ahora estàn
las cosas, poco te haràn
treinta palos mas, ò menos.

Arrimase Moscon à un lado, y salen Don Pedro viejo, y un criado.

Ped. Miraste la lista toda
de Flandes? *Criad.* Letra por letra
la mirè, y no tienes carta. *vase.*
Ped. Denme los Cielos paciencia:
Que haviendole escrito à Diego,
que luego al punto se venga,
porque de su casamiento
hechos los conciertos quedan
con Doña Isabèl Pacheco,
que ha de ser su esposa bella,
siquiera por darme gusto,
no haya tenido respuesta!
Què querrà de mì este mozo?
No es Moscon? *Repara en èl.*
Mosc. El me mosquèa:
dame à besar essas plantas.
Ped. Moscon, què venida es esta?
donde queda vuestro amo?
Mosc. Quedarà de aqui dos leguas
justas, y cabales, menos
lo que viene andando de ellas:
junto à las Rozas quedaba.
Ped. Viene bueno? *Mosc.* Una jaqueca
trae en el tobillo izquierdo.
Ped. El corazon me rebienta
en el pecho de alegria,
de vèr que con salud venga:
sin duda que recibiò
mi carta, y con diligencia,
sin responderme se vino.
Moscon. *Mosc.* Señor.
Ped. Bien pudiera
Diego haverse adelantado.
Mosc. Si de tu casa hizo ausencia
por travesuras de mozo,
no es justo, señor, que tema
tu indignacion?
Ped. No me espanto:
en fin, los dos en Bruselas
assististeis? *Mosc.* Si señor.
Ped. Y en su Militar Escuela
era bien visto mi hijo?
Mosc. Si señor, solo una tuerta
diò en mirarle de mal ojo.
Ped. Necio, yo te hablo de veras.

Mosc.

Mosc. Pues si un mismo caso piden
la pregunta, y la respuesta,
hablando de veras, digo,
que en valor, en gentileza,
en cortesia, en agrado,
y en entendimiento, muestra,
que hay muy pocos que le igualen,
y ninguno que le exceda.
Ped. Notable gusto me has dado:
què bien al alma le suenan
essas nobles propriedades!
toma por las buenas nuevas
Dale una sortija.
esta sortija; mas dime,
entre estas prendas que cuentas
de Diego, no tiene alguna,
que afear las otras pueda?
que nadie nace perfecto.
Mosc. Essa es muy larga materia
de contar. *Ped.* Dì por tu vida.
Mosc. Hà sortija lo que aprietas!
tiene una faltilla. *Ped.* Qual?
Mosc. Unas mentirillas echa,
que es para alabar à Dios.
Ped. Como sin perjuicio sean
no es gran falta, porque en fin
el tiempo todo lo enmienda,
y en la Corte perderà,
con la sangre que le alienta,
esse defecto. *Mosc.* No es facil.
Ped. Mucho tarda.
Mosc. Aqui me espera,
que presto vendrè con èl.
Vase Moscon.
Ped. Valgame Dios lo que pesa
de un hijo el amor! confiesso,
que en los años que me cercan
no he tenido mejor dia:
en fin, con su esposa bella
se sossegarà este mozo;
èl bueno à mis ojos venga,
que las mudanzas de estado
todas las costumbres truecan.
Sale Don Diego, y Moscon.
Dieg. Dame, señor, essos pies.
Ped. Hijo, bien venido seas;
levanta, dame los brazos.
Còmo vienes? *Dieg.* La respuesta
no te doy, porque quien viene
en tu gracia, à tu obediencia,
padre, y señor, es preciso
que con gusto, y salud venga.
Ped. No me harto de mirarte,
de verte me maravillo:
valgame Dios por Diaguillo!
quiero otra vez abrazarte.
Bravo mozo! gran Soldado!
Dieg. Ser tu hijo es el Blason,
que me diò alguna opinion.
Ped. Ya Moscon me la ha contado,
y sè que todo es asi;
discreto en venirte fuiste:
ven acà, no recibiste
un pliego que te escrivì?
Dieg. No señor.
Ped. Pues ya me llama,
hijo mio, este cuidado;
sabe que te he concertado
de casar con una Dama
rica, y hermosa. *Dieg.* Hà cruel *ap.*
fortuna! *Ped.* Què estàs dudando?
Dieg. Esso es imposible, quando
adoro à Doña Isabèl. *ap.*
Ped. Què respondes?
Dieg. Pena fiera! *ap.*
què he de hacer para escusar
A Moscon.
este lance? *Mosc.* Imaginar
una mentira soltera:
casado? para su humor
es bueno. *Ped.* Què estàs diciendo?
Dieg. Yo, señor::-
Mosc. Vamos mintiendo. *à su amo.*
Ped. Ay tan estraño rigor!
hablarme estàs reusando?
Dieg. Mi industria me ha de valer:
Cielos, aquesto ha de ser.
Mosc. A Dios, ya la và fraguando. *ap.*
Dieg. Sabe, señor::- *Ped.* Què cansado!
Dieg. Que casarme::-
Ped. A esso venìs.
Dieg. No es posible.
Ped. Què decis?
por què? *Dieg.* Porque soy casado.

Ped. Esso à decir se atreviò
vuestra lengua? sobre mì
cayga el Cielo.
Dieg. Yo, si aqui::- *turbado.*
Mosc. Què presto se la embocò.
Ped. Sin mi orden? loco, atrevido,
aquesta vejèz me dais?
Dieg. Señor, si no me escuchais::-
Ped. Què disculpa, inadvertido,
podeis darme en esta accion?
vos casado à mi disgusto?
Dieg. Escuchadme, y si no es justo,
castigueme tu atencion.
Mosc. No van malas sus marañas. *ap.*
Dieg. Amor, ayuda mi intento. *ap.*
Mosc. Escuchenle, que este cuento *ap.*
ha de ser juego de cañas.
Dieg. Don Fernando de Mendoza,
que es en empressas tan grandes
Maestre de Campo en Flandes,
y este honroso puesto goza
por su sangre, y su valor,
fue mi amigo verdadero;
el apellido, yo infiero
que te havrà dicho, señor,
su sangre: este tal tenìa
una hija tan hermosa,
tan honesta, y virtuosa,
(amor, mis intentos guia) *ap.*
que siendo del Sol afrenta,
comparacion es obscura,
tiene sobre su hermosura
seis mil ducados de renta:
estas partes singulares,
y la amistad de los dos
dieron lugar::-
Mosc. Vive Dios, *ap.*
que miente por los hijares.
Dieg. A que à Doña Luisa bella
viesse un dia. *Mosc.* Bueno và.
Dieg. Quedè al verla (claro està)
perdiendo el juicio por ella.
Mosc. El miente de calidad,
y lo relata de modo,
que con ser mentira todo,
pienso, por Dios, que es verdad.
Ped. De aquessa accion no me quexo,
que oy no se hallan, en verdad,
gran renta, y gran calidad.
Mosc. La mosca le picò al viejo.
Dieg. Digo, pues::- *Ped.* Decid, señor.
Dieg. Que amante la festejè,
suspirè, gemì, llorè.
Ped. Primer jornada de amor.
Dieg. En fin, para no cansarte,
passados (à lo que creo)
dos años de galanteo,
una noche (escucha aparte)
dandola mano de esposo,
mas humana mi porfia,
ella acabò de ser mia,
y yo empecè à ser dichoso:
mira tu en tu ciego abysmo,
si alguna Dama sirvieras
tan noble, y rica, què hicieras?
Ped. Digo, que hiciera lo mismo:
ahora disculparte quiero,
si es verdad lo que has contado.
Mosc. Ello està bien sentenciado
à pagar de mi dinero.
Ped. Casado en resolucion
estais? *Mosc.* Y por mas consuelo,
A Don Pedro.
su amor ha premiado el Cielo
con fruto de bendicion.
Dieg. Calla, loco.
Mosc. Aunque Lacayo,
nadie conmigo se meta;
tiene un Dieguito de teta,
que habla mas que un papagayo.
Ped. Hijo teneis? què recela
vuestro miedo? *Dieg.* Necio estàs.
Mosc. Un año tiene no mas,
y và por su pie à la Escuela.
Ped. Ahora, señor, la prudencia
se mida con el consejo.
Vos, en fin, estais casado?
esto no tiene remedio:
encubrirle determino *ap.*
en esta ocasion à Diego
de Doña Isabèl el nombre,
que es cuerda atencion, supuesto,
que no puede ser su esposo;
hablarè à Don Luis Pacheco
esta

esta tarde, y le dirè,
que este mozo, poco atento,
no quiere tomar estado,
y que està en Flandes, supuesto
que ha de bolver por su esposa,
que aunque lo sienta, yo quedo
disculpado en esta parte.
Moscon, trae la ropa luego,
y vos, hijo, no salgais
de casa, hasta que yo cuerdo
desenoje à vuestra esposa:
digo, à la que havìa de serlo,
si no estaos en vuestro quarto,
que tiene muy nobles deudos
esta Dama, y es preciso,
que han de sentirlo en estremo.
Quedaos aqui, que yo voy,
pues es dia de correo,
à escrivir à vuestra esposa
à Flandes.

Hace que se và, y buelve.

Mosc. Mamòla el viejo.
Ped. Asi, que no me acordaba
de mi edad (notable yerro!)
còmo decìs que se llama?
Dieg. Doña Luisa. *turbado.*
Ped. Yà lo veo:
de què?
Mosc. Si se le ha olvidado, *ap.*
dimos con todo en el suelo.
Dieg. Doña Luisa digo: del
sobrenombre no me acuerdo,
que antes le puse. *Ped.* Acabad.
Dieg. Mas quizà no caerà en ello: *ap.*
dirè, pues èl no se acuerda
el que se ofrezca primero,
Doña Luisa de Guzmàn. *à Pedro.*

Hace que se và, y buelve.

Ped. Si la memoria rebuelvo,
de Mendoza me dixisteis,
no Guzmàn.
Mosc. Pescòte. *Dieg.* Cielos!
què le dirè?
Mosc. Otra mentira.
Dieg. Mas valgame aqui el ingenio.
Tambien se llama Guzmàn,
porque su abuelo materno
Don Antonio de Guzmàn,
por quien tiene de derecho
el Mayorazgo, dexò
clausula en su testamento,
de que se llame Guzmàn
quien le possea, y por esto
Doña Luisa mi muger,
como le està posseyendo,
es Mendoza por su padre,
pero Guzmàn por su abuelo.
Ped. De todo voy informado:
à Dios. *vase.*
Mosc. De risa rebiento.
Dieg. Què dices de esto Moscon?
Mosc. Que de los diez Mandamientos,
que debemos guardar, eres
en el octavo un portento.
Dimo, hombre del diablo, donde
hallaste en tan breve tiempo
tantas mentiras? parece
que se te metiò en el cuerpo
toda una legion de Sastres.
Dieg. Moscon, mas que mil Imperios
quiero mi libre alvedrio;
con mi estado estoy contento,
fuera de que como sabes
à Doña Isabèl pretendo,
y à Doña Juana, si bien
mas rendido aqui el afecto,
mariposa de sus luces,
en Doña Isabèl me quemo,
y en su llama sacrifico
victimas mis pensamientos.
Mosc. Està bien; mas dì, señor,
has de seguir el precepto
de tu padre, que te manda
no salir de casa? *Dieg.* Bueno
era esso en mi condicion:
dexa que se vaya, y luego
saldrèmos los dos.
Mosc. Què intentas?
Dieg. Vèr esta tarde pretendo
à Doña Isabèl divina,
con color de que la debo
la vida, y desta manera
cumplo allì con dos afectos,
pues logrando lo amoroso

que-

queda garvoso lo atento.
Mosc. Inesilla me ha pedido
un manto, y aqui le llevo
para darsele, porque
la tal Inès es mi dueño.
Dieg. Vamos: Amor, deidad eres,
oy à tu piedad me entrego.
Mosc. Amor, por amor de Dios
que nos saques de embusteros.
Vanse, y sale Don Juan con un papel en la mano, y Inès.
Juan. Aquesto has de hacer por mi.
Inès. Es imposible, Don Juan.
Juan. Mis esperanzas estàn
libradas, Inès, en ti:
adoro à Doña Isabèl,
y pues su hermano està fuera,
y hallo esta ocasion, quisiera
que la dès este papel.
Inès. Hablarla, Don Juan, procura,
que yo lo estoy reusando,
porque ha de matarme.
Juan. Quando
no fue ingrata la hermosura?
en què ofendo su decoro,
pues la sirvo tan secreto,
que solo sabe el respeto,
que à Doña Isabèl adoro?
Inès. Mira, yo aquesta embaxada
hiciera esta vez por ti;
pero te aborrezco. *Juan.* A mi?
Inès. No me hallo de ti pagada.
Jua. Dices bien. *Inès.* Un descuidillo *ap.*
dà lumbre en mil ocasiones.
Juan. Toma, Inès, essos doblones,
que vàn en este bolsillo.
Inès. Aunque aqui me los ofrezcas,
no harè tal. *Juan.* Este no es pago
de mi amor, que aquesto hago
porque tu no me aborrezcas.
Inès. Aora bien, tomarle quiero, *tomale.*
pues tan cortès se me ofrece;
JESUS, y què bien parece
el modo con el dinero!
Juan. Dime, què hace tu señora?
Inès. Quedaba en el tocador.
Juan. Lince lograrà mi amor
desperdicios de la Aurora.
Inès. Si la vieras! và al estrado,
à media luz su hermosura,
la gala sin compostura,
y el aliño sin cuidado.
Tiene para los sentidos,
que estàn de mirarla yertos,
unos rigores despiertos,
entre unos ojos dormidos.
El pelo, que sin decoro
se esparce inquieto, y se humilla,
de verla sin gargantilla,
hace mil estremos de oro.
Labios de coral, y grana,
lisonja hermosa del viento,
y el Alva libra en su aliento
perfumes à la mañana.
Si te renueve la herida,
venza al cuidado la duda,
esta es la verdad desnuda,
mira tu què harà vestida.
Juan. Ay Inès, què necia estàs
en la duda que me ofreces,
pues quanto mas la encareces,
el amor me finge mas.
Loco estoy, y estoy perdido:
sabràs decirla mi amor?
Inès. Dame el papel; mas, señor,
Toma el papel.
gente à esta parte he sentido.
Juan. Pues, Inès, por essa puerta,
que hace à mi quarto, vendrè
esta noche, y la tendrè,
porque lo sepas, abierta;
y à deshora, del papel
la respuesta me daràs.
Inès. Don Juan, à què hora vendràs?
Juan. Ay, bellissima Isabèl!
entre las doce, y la una.
Inès. Bien està. *Juan.* Noche serena,
ò duelete de mi pena,
ò haz dichosa mi fortuna.
Vase Don Juan, y arrimase Inès à un lado, y sale Don Luis, y Doña Isabèl.
Luis. En fin, Doña Juana viene
à verte? *Isab.* Como es amiga,
sin prevencion, esta tarde
quie-

quiere hacerme una visita.

Luis. Pues lo que yo te suplico
(ay Doña Juana divina!)
es que tu, hermana, galante
la regales, y la sirvas.
Y aunque en tus escaparates
no faltaràn chucherìas
de gusto, que puedas darla,
que estas entre las amigas
son cortesanas finezas,
quiero que por cuenta mia
corra, hermana, su cortejo;
en el coche, à toda prisa,
de la Calle Mayor, quiero
traerte unas niñerìas,
que la dès, pues dos razones
à darte gusto me obligan.
Es la primera, saber,
que eres, hermana, entendida:
y la otra, que à mi costa
hagas la galanterìa.

Isab. Ay, hermano, yà te entiendo!
tu has ganado, y solicitas
darme barato: yo quiero *ap.*
hacerme desentendida.

Luis. Què mal, Isabèl, entiendes
del amor sofisterias!
nunca he estado mas perdìdo.

Isab. Pues dì, què razon te obliga,
haviendo perdìdo tanto,
à este empeño?

Luis. Escucha. *Isab.* Dila.

Luis. Suele un tahur acabar
de perder quanto tenìa,
menos algun resto, que
de picado no le estima.
Impaciente se levanta,
y alzando acaso la vista,
lo suele dar de barato
al primero que le mira.
Quien recibe un beneficio,
al que se le hace se inclina,
porque al viso de un despecho
luce una galanterìa.
Esto mismo me sucede;
vi à Doña Juana divina,
entreguèla toda el alma,
barajò el amor mi dicha;
hablèla, perdì la suerte,
porque era suerte mia:
dexòme, hermana, picado,
y entre finezas perdìdas,
no me ganò la memoria,
que es lo que mas me fatiga;
mas quando en un desdichado
se halla memoria perdìda?
Doña Juana hermosa, es
la que me dexò sin vida;
yo quien la perdiò à sus ojos,
y tu eres la que nos miras.
El ultimo resto, que
en la memoria se cifra,
te doy, hermana, abrasado,
para que tu agradecida
esta memoria le acuerdes,
y de mi parte le digas,
que mi amor; pero tu eres,
Isabèl, muy entendida,
yo un hombre muy infelice,
Doña Juana muy esquiva.
Tu te hallas de mì obligada,
consulta contigo misma,
viendome morir de amante,
lo que es justo que la digas. *vase.*

Isab. Discreto mi hermano assi,
quando à Doña Juana adora,
se ha declarado.

Llega Inès.

Inès. Señora?

Isab. Inès, tu estabas aqui?

Inès. De tu semblante colijo,
que estàs triste. *Isab.* Triste? no,
pluguiera al Cielo! mintiò,
si el semblante te lo dixo.

Inès. Si es porque tarda Don Diego,
el que tu esposo serà,
presto de Flandes vendrà.

Isab. Necia estàs, (ay amor ciego!)
al Cielo, (ay de mi!) pluguiera,
porque mi amor se lograra,
que ni de Flandes llegàra,
ni à ser mi esposo viniera.
Don Benito (yo estoy muerta!)
tapada me hablò en el Prado,

y anoche aqui su cuidado
me exagerò descubierta.
Amor, decidmelo vos,
còmo he podido rendirme
à un hombre tan poco firme,
que enamora à un tiempo à dos?

Salen Don Diego, y Moscon.

Dieg. Turbado à vuestra presencia
llega mi agradecimiento,
tan ciego, que el sufrimiento
no aguardò vuestra licencia.
Perdonad mi inadvertencia,
aunque grossero haya sido,
pues quando vengo rendido
à arrojarme à vuestros pies,
dora en mi lo descortès,
las señas de agradecido.
La vida os debo, y si aqui
no buscàra esta ocasion,
faltàra à mi obligacion
por vos, por ella, y por mi.
Por vos, porque siendo assi
que os la debo, os agraviàra,
si el beneficio olvidàra:
por ella, porque se vè
segura; y por mi, porque
esta dicha malogràra.
Yo os adoro tan constante
al riesgo de mereceros,
que en el peligro de veros::-

Isab. No passeis mas adelante:
hay hombre mas inconstante! *ap.*
Yà el sufrimiento es en vano:
Inès. *Inès.* Señora. *Isab.* Ha tyrano!
què mal su engaño concierta.

Inès. Què quieres? *Isab.* Desde essa puerta
mira si viene mi hermano.

Inès. Assi lo harè.

Isab. De este encanto *ap.*
salga esta vez mi passion.

Mosc. Inesilla. *Inès.* Que hay Moscon?

Mosc. Mira que te traygo el manto.

Inès. De puntas?

Mosc. No hay para tanto;
la prematica lo enseña.

Inès. Bien texido? *Mosc.* Es una peña.

Inès. De gloria? *Mosc.* No te alborote,
que es un manto de anascote, *vase Inès.*
porque tu has de dar en dueña.

Isab. Yà estamos solos; decidme,
Cavallero, que haveis visto
en mi? què seña, què amago
de liviandad, de cariño,
para que atrevido, loco,
ossado, y desvanecido,
querais intentar::- *Dieg.* Señora;
si adoraros es delito,
si os ofende un rendimiento,
si una atencion ha podido
irritaros, culpa fue
de vuestros ojos divinos,
porque aborrecer, y amar
es pension del alvedrio.
Necio fuera el que al miraros
no se rindiera, al hechizo
de vuestra rara hermosura,
de vuestro ingenio divino.
Si es assi, cerradle à todos
los ojos, y los oìdos:
yo os adoro, con la pena
de no ser correspondido;
y pues apetezco el riesgo,
me hallo bien con el peligro.

Isab. Venid acà, supongamos
(bien de esta suerte lo finjo!)
que me ameis, y os correspondo,
que aun supuesto es desvarìo;
decid, fuera entonces bueno,
que llegasse à mis oìdos,
que amabais en otra parte?

Mosc. Ella sabe, vive Christo,
señor, del pie que cojeas.

Isab. Què decìs? *Dieg.* Señora, digo,
que os engañàran por Dios.

Isab. Mirad, que quien me lo dixo
es persona que lo sabe.

Mosc. Mucho aprieta este testigo.

Isab. Ayer en el Prado Nuevo,
muy amante, y muy rendido,
no hablasteis à una tapada?

Mosc. El demonio se lo ha dicho.

Isab. Què respondeis? esto es cierto.

Dieg. No niego, que en esse sitio
hablè ayer tarde à una dama,

y

y mas que amor, fue capricho
llegar à hablarla; tapada
estaba, y si verdad digo,
era muy vana afectada.
Mosc. Ayudarle determino: *ap.*
No he visto muger tan fea! *à ella.*
yo la vi por un resquicio
del manto la cara, y era
una sierpe, un basilisco,
vieja, un poco desbaìda,
un ojo tuerto, otro vizco,
con tres varas de pescuezo,
y media vara de ozico.
Isab. Buena me ponen los dos! *ap.*
Engaño haveis padecido,
que essa dama es muy hermosa,
muy rica, y su nombre mismo
es Doña Juana de Roxas,
muy mi amiga, y que me dixo,
si bien me acuerdo, que vos
os llamabais Don Benito
Perez, que à hablarla llegasteis,
y que tuvo vuestro brio
una pendencia por ella:
Decid, señor Don Benito,
son aquestas buenas señas?
es verdad? *Dieg.* Verdad ha sido.
Isab. Quien creerà, que me està mal, *ap.*
y que me huelgo de oirlo?
ahora entro yo: pues còmo,
ciego, loco, inadvertido,
quando estais en otra parte
empeñado, ossais, indigno,
poner los ojos en mi?
viven los Cielos Divinos,
que mi desprecio::- *Dieg.* Señora,
si yo à essa dama no he visto,
còmo he de tenerla amor?
advertid, que fue fingido
quanto à essa muger la dixe;
mi amor, mi fè, mi alvedrio,
solo estàn viviendo à cuenta
de vuestros ojos divinos.
Isab. Luego no pudiera ser
tambien esse amor fingido?
Dieg. No pudiera.
Isab. Si pudiera.

Sale Doña Juana por la puerta de enmedio del tablado.

Juana. Amiga; pero què miro?
Dieg. Cielos! Doña Juana es esta.
Juana. Don Diego aqui? mal reprimo
mi pesar. *Isab.* Amiga mia,
mil siglos me han parecìdo
los instantes que has tardado.
Juana. Essa fineza te estimo.
Mosc. Fuego de Dios, què ojos echa!
Isab. Este Cavallero vino,
amiga, à darme las gracias,
de que tù parte has tenido,
pues le libramos entrambas
à noche, de aquel peligro
de la Justicia.
Juana. Ha traydor!
Dieg. A vuestras plantas rendido
essa obligacion confiesso.

Sale Inès muy de prisa.

Inès. Señora::-
Isab. Què ha sucedido,
Inès? *Inès.* Don Pedro de Luna,
en aqueste instante mismo,
por tu hermano ha preguntado;
y haviendole respondido,
que no està en casa, del coche
se apea ahora, y me ha dicho
te quiere besar las manos.
Mosc. Esto es peor, vive Christo!

Aparte à Don Diego.

Tu padre, señor.
Dieg. Señoras,
à quien havrà sucedido
tal lance? este Cavallero
me importa (yo estoy perdido!)
que no me vea, y assi
à esta pieza me retiro;
perdonad por Dios.
Inès. Que llega.
Mosc. Aprisa, cuerpo de Christo.

Escondense los dos à un lado, y sale Don Pedro, viejo.

Ped. Aunque sè, que no ha venido
el señor Don Luis, señora,
lograr he querido ahora
esta ocasion, advertido,

si bien de alguna criada
error, ò descuido fue,
que no entràra à saber, que
estais tan bien ocupada.
Y assi, aquesta inadvertencia
vos enmendarla podeis,
suplicandoos, que me deis
para bolverme, licencia.
Isab. Salir de qualquier empeño
sabeis galante, y ayroso,
aqui no le hay; pues ocioso
es poner tassa à su dueño.
Vos lo sois de aquesta casa,
y yo el descuido sintiera;
pues iros sin verme, fuera
hacer mi fortuna escasa,
que aunque en Doña Juana atento
reparasteis, y cortès,
es muy mi amiga, y no es
visita de cumplimiento.
Ped. Perdonadme vos, señora.
Juana. Vuestra atencion no prosiga:
por vos, por mi, y por mi amiga
soy muy vuestra servidora.
Isab. Sentaos, pues. *Sientase.*
Ped. Pues lo mandais,
fuera necia la porfia;
y tambien es grosserìa
preguntaros como estais.
Que aunque es usada opinion,
ser siento con las deidades
muy vulgar el cumplimiento,
cortesana la atencion.
Mas dexando aquestas cosas,
si el amor dà su consejo,
què dirà de ver à un viejo
entre damas tan hermosas?
Isab. Si essos son vuestros reparos,
de las dos podeis creer,
que os han de favorecer.
Ped. Permitid, que regalaros
intente; porque diràn,
viendome favorecido,
que viejo, y escaso, han sido
malas partes de galàn.
Mirad, què quereis las dos?
que he de empeñarme esta vez,
y al cabo de mi vejèz
he de quedar bien por Dios.
Isab. Galante sois; mas mi hermano::-
Levantase, y salen Don Luis, y D. Juan.
Luis. Perdonad, señor Don Pedro,
que ahora sè que aqui estais.
Ped. Mil años os guarde el Cielo.
Luis. Mandais algo? *Ped.* Dos palabras
à hablaros à parte vengo,
que nos importan à entrambos.
Luis. Dadme licencia, que quiero
llegar à hablar à mi hermana
en cierto negocio, y luego
serè con vos: à essa pieza
vos entrad. *Ped.* Alli os espero.
Isab. Cielos! àcia donde està
Don Benito và Don Pedro:
muerta estoy.
Ponense Don Luis, y Don Juan à hablar à un lado del tablado con Doña Isabèl, y Doña Juana, y estàn ellos de espaldas àcia donde està escondido Don Diego, y Don Pedro và à entrar à tiempo que salen al paño Don Diego, y Moscon.
Dieg. Si se havrà ido
mi padre; pero què veo!
aqui està.
Ped. Que à esto me obligue;
mas què miro! Diego, *vela.*
vos aqui? rabio de enojo:
(ay tan grande atrevimiento!)
quando os mandè, que de casa
no saliesseis, desatento
no me obedeceis? *Dieg.* Señor::-
Isab. Con èl diò, valgame el Cielo! *ap.*
pero yo lo enmendarè.
Mosc. Dile una mentira presto.
Ped. Què me respondeis?
Dieg. Señor,
en este quarto postrero
de esta casa, sè que vive
un Cavallero Flamenco,
llamado Guillermo Estroci,
para quien yo traygo un pliego
de mucha importancia.
Mosc. Miente.

Dieg. Vine à buscarle, y por yerro,
pensando que era su quarto,
pude entrarme en este, à tiempo
que avisaron que venìas,
y por saber el precepto
que me has puesto, me escondì.
Ped. El no sabe lo que arriesgo, *ap.*
si aqui le vèn. *Dieg.* Mas si tu
me haces espaldas, bien puedo
salir por aquesta puerta,
que hace al quarto::-
Ped. Acabad presto.
Dieg. De un amigo. *Ped.* Pues salid.
Hacele espaldas Don Pedro à Don Diego, y entranse por la puerta de enmedio en diciendo estos versos que se siguen, y al seguirle Moscon, buelve la cara D. Luis, y buelvese à meter donde estaba.
Dieg. Aguardar aqui pretendo
à que se vaya mi padre.
Ahora se entra.
Mosc. Los rostros acà bolvieron;
ya no es possible salir,
yo por las costas me quedo.
Ped. Señor Don Luis, pues estais
ocupado, yo no quiero
estorvar; y assi otro dia::-
Luis. Estando aqui, fuera yerro
no hablaros.
Isab. Pues Doña Juana,
entremonos allà dentro,
y te llevarè al jardìn.
Ped. Acompañaros pretendo.
Entranse Don Luis, y Don Juan acompañando à Doña Juana, quedase la postrera Doña Isabèl, y al entrar dicele à Don Pedro.
Isab. Perdoneme Doña Juana, *ap.*
que mi honor es lo primero:
Señor Don Pedro, porque
no penseis de mi, que puedo
ser culpada en este lance;
sabed, que este Cavallero,
que hallasteis aqui escondido,
siendo yo ignorante de ello,
es un Don Benito Perez,
que trata su casamiento
con Doña Juana mi amiga:
esto de passo os advierto,
porque imaginèis de mi,
que culpa ninguna tengo. *Entra.*
Ped. Cielos, què escucho! mi hijo
Don Benito Perez, siendo
casado en Flandes, se casa
en Madrid! Hay mas enredos!
este mozo ha de matarme;
mas dissimular pretendo
hasta averiguarlo todo.
Salen Don Luis, y Don Juan.
Luis. Ya estamos, señor Don Pedro,
solos; y si es que Don Juan
os estorva::-
Ped. A lo que vengo,
es negocio que no importa,
que le oyga este Cavallero.
Señor Don Luis, los discursos
humanos estàn sujetos,
ò à la inconstante fortuna,
ò à lo variable del tiempo:
mas de lo possible, nadie
puede hacer; esto os advierto,
ò bien para la disculpa,
ò bien para el sufrimiento.
Confiesso, que os dì palabra,
de que fuesse mi hijo Diego
esposo de vuestra hermana.
Juan. Què es esto que escucho, Cielos!
Ped. Y que obligado à sus partes,
gala, hermosura, ingenio,
y virtud, que aquesta es
la que mas estima el cuerdo,
me empeñè en esto con vos:
bien mirado, pude hacerlo,
que à un padre, señor Don Luis,
debe un hijo estàr sujeto;
pero èl, haviendole escrito
en diferentes correos,
y en avisos, de esta dicha
que le aguarda, poco atento,
(mas què mucho, si estas canas
de su condicion nacieron!)
faltando à ser hijo mio,
à la obediencia, y respeto,

que debe un hijo à ſu padre,
atrevido, loco, necio,
reſponde, que ſu alvedrio
es libre, y que eſtà ſirviendo
en Flandes, para adquirir,
por ſu perſona, y ſus hechos,
meritos para ſu caſa;
y que aunque eſtà conociendo
eſta dicha, que èl es mozo,
y que no ſe aliſtan preſto
en la campaña de Marte,
las delicias de Himenèo.
Eſto ſiempre ha reſpondido,
y yo à ſuplicaros vengo
me perdonèis, ſi he faltado
à eſta palabra; advirtiendo,
que ha de quitarme la vida
eſte mozo, loco, y ciego,
pues ni la razon le obliga,
ni le convence el reſpeto.
Y creed, señor Don Luis,
que tanto en el alma ſiento
eſta falta, que à tenerle
en Madrid, fuera el primero,
vive Dios, que caſtigàra
tan barbaro atrevimiento.

Juan. Aunque sè que èl ha venido, *ap.*
pues en mi quarto le tengo,
ayudarè aqueſte engaño,
que es Doña Iſabèl mi dueño,
y pueſto que èl no la admite,
à ſer yo el dichoſo vengo.
Digo, Don Luis, que es aſsi,
en Flandes eſtà ſirviendo,
y de alli me lo han eſcrito.

Luis. Vive Dios, que à conocerlo,
y à eſtar aqui, yo le diera
à entender, que es deſatento
quien buelve el roſtro à una dicha,
que no mereciò. *Ped.* Teneos,
que aqueſta es otra materia.

Luis. Digo, que no es Cavallero
quien obra tan mal.

Ped. Mi hijo
no os oye ahora. *Luis.* Eſtais viejo,
y à no mitar à eſſas canas::-

Ped. Aunque nieve os parecieron
congeladas de la ſangre,
ſon rayos, que aborta el pecho;
y vive Dios, que mi hijo
os puede enſeñar à ſerlo.

Juan. Teneos, Don Luis.

Luis. Apartad,
que ha de caſtigar mi azero
eſta arrogancia. *Ped.* Dexadle,
brios reſervados tengo
para defender mi honor.

Riñen, y ſale Don Diego por la puerta de enmedio, y poneſe al lado de ſu padre.

Dieg. Si no me ha engañado el eco,
ruido de eſpadas::- què miro!
con mi padre es el empeño:
à vueſtro lado, señor::-

Luis. Còmo os entrais, Cavallero,
de aqueſta ſuerte en mi caſa?

Dieg. A ninguno he ſatisfecho
con el azero en la mano.

Luis. Què miro! viven los Cielos,
que ha de morir.

Juan. Apartad.

Luis. Mirad, que eſte Cavallero
es el que riñò conmigo
ayer en el Prado Nuevo,
y diò à Fabio aquella herida.

Juan. No hay ajuſte?

Luis. No le acepto:
muera à mis iras. *Dieg.* No es facil.

Juan. Ya es diferente eſte duelo,
pues eſtamos dos à dos,
y yo con quien vengo, vengo.

Poneſe Don Juan al lado de Don Luis, riñen los quatro, y aſſoma Moſcon la cabeza al paño.

Moſc. Yo ſalgo à vèr eſta fieſta.

Dent. 1. Echad la puerta en el ſuelo:
abran aqui à la Juſticia.

Salen Doña Iſabèl, y Doña Juana.

Iſabèl. Hermano?

Juana. Hermano?

Iſab. Teneos,
y advertid, que la Juſticia,
al ruido de los azeros,
ha llegado, y à eſſa puerta

llaman apriessa.
Luis. Pues què harèmos?
Juana. Yo lo dirè: pues aqui
no ha havido lance, ni empeño
de honor, que à ninguno importe,
vos con el señor Don Pedro,
A Don Diego.
por essa puerta que cae
à mi quarto, podeis
salir, sin que nadie os vea.
Luis. Pues vos entraos allà dentro
con mi hermana, y con la vuestra,
que yo à detenerme quedo
la Justicia.
Juan. Bien decìs.
Luis. En otra ocasion pretendo
vengarme.
Dieg. En qualquiera parte
sabrè yo satisfaceros.
Mosc. Señores, juego de cañas
es vèr encerrado aquesto.
Juana. Amor, tu piedad invoco. *vase.*
Isab. Amor, ayuda mi intento. *vase.*
Luis. Yo vengarè mis agravios. *vase.*
Juan. Yo lograrè mis deseos. *vase.*
Ped. Reñirè à Diego mi hijo. *vase.*
Dieg. Bien salì de tanto empeño. *vase.*
Mosc. Cielos! pues que yo tambien
encerrado aqui me quedo,
y no hay remedio à mis ansias,
buenas noches, Cavalleros.

JORNADA TERCERA.

Sale Moscon como à obscuras.

Mosc. Despues que se ha recogido
la casa, y yo me he quedado
à mi pesar encerrado,
hablar à Inès no he podido;
pues si el tal Don Luis me viera
escondido aqui, en rigor,
juzgue el piadoso Lector,
del modo que me pusiera.
Viendo, en fin, ya sossegada
la casa, voy à inquirir
si hallo por donde salir,
como quien no dice nada.
Hago cuenta, que un amigo,
muy enojado, y severo,
dice: Moscon, ahora quiero
entrar à cuentas contigo.
Diga usted: Por què se inclina
à servir à un Cavallero,
que sabe ser embustero,
pues le dexò aqui, es gallina?
Yo respondo: Soy leal,
y si mi amo, en conclusion,
no me paga la racion,
tambien yo le sirvo mal.
Replicòme: Es mal mirado,
y de su amo no creyera,
que hablàra de essa manera.
Yo respondo: soy criado.
El la colera en un tris,
dice arrugando la frente,
sois un picaro insolente:
aqui es preciso un mentìs.
Miente, digo, que Moscon,
ser hombre de bien, es llano,
Dios nos libre, alza la mano,
y cascame un bofeton.
Yo le digo con tonillo,
que à mi furia corresponde:
Hombre, què has hecho? Y responde:
darle soga à esse carrillo.
Saco la sierpe buìda,
doy quatro passos atràs;
llegome quedito, y zas,
tìrole la zambullida.
Meten paz, à nadie hablo;
uno me ase, màs me irrito:
vèn aqui, por què poquito
sucediera una del diablo.
Pero àcia esta parte suena
ruìdo: à obscuras? bueno và,
alguna dueña serà,
que à estas horas anda en pena.
Sale Inès como à obscuras.
Inès. Pues todos se han recogido,
y se ha llegado la hora
que Don Juan dixo, yo ahora
vengo à saber si ha venido
para darle del papel
la respuesta mi cuidado,

que

que aunque yo no se le he dado
à mi ama Doña Isabèl;
à Don Juan, por mil razones,
engañarle determino,
que èl por aqueste camino
irà escupiendo doblones.
Mas ay Dios! quien và? quien es?
Tropieza Moscon.
Mosc. De mala mis passos vàn.
Ines. Quiero llegarme: es Don Juan?
Mosc. Aquesta es la voz de Inès. *ap.*
Ha ingrata! los ademanes
son estos de que me adoras?
tù vestida, y à estas horas
andas buscando Don Juanes!
mas tù me lo pagaràs.
Inès. Es Don Juan? confusa estoy!
Mosc. Fingirè la voz: yo soy. *à ella.*
Inès. Albricias pido.
Mosc. No mas?
què hay, Inès?
Inès. Que mi señora
leyò el papel.
Mosc. Adelante:
hay otra cosa?
Inès. Y constante
me diò à entender, que te adora:
buenas tus fortunas vàn,
que la agradas te prometo.
Mosc. No hace mucho, que en efecto
soy muy discreto, y galàn.
Inès. Don Juan, en mi vida vì
tan cortesano papel.
Mosc. Mucha cosa! la Isabèl
perderà el juicio por mi.
Inès. Estoy tan agradecida
à los doblones, señor,
que me diste, que mi amor
perderà por ti la vida.
Mosc. Doblones? si no me engaño
ellos seràn de Moscon:
ciegala tù San Anton;
quàntos te dì? caso estraño!
Inès. Veinte y cinco.
Mosc. Accion grossera!
por Dios, que anduve civil;
mas no te dè pena, mil
traygo en esta faltriquera:
rica he de hacerte esta noche,
cien doblones te he de dar.
Inès. El me los dà, no hay que hablar, *ap.*
de aquesta vez ando en coche.
Mosc. Traes los veinte y cinco?
Inès. Sì,
aqui en la bolsa los tengo.
Mosc. Pues llenartela prevengo;
damela acà.
Dale Inès la bolsa.
Inès. Vesla aì;
no te empeñes, bueno està:
què es esto que por mi passa! *ap.*
Mosc. Calla, Inès, y mete en casa
la dicha que Dios te dà.
Mil escudos no son hartos
à tantas obligaciones;
en lugar de los doblones *ap.*
la bolsa lleno de quartos:
Hacelo assi.
Toma, Inès.
Dale la bolsa à Inès.
Inès. Eres amable;
pero tanto no me dès.
Mosc. Señores, que quiera Inès
hacerme à mi miserable!
Inès. Con tanto oro, què he de hacer?
Mosc. Aquesso no te alborote,
guardalo para tu dote,
que yo te he de hacer muger.
Inès. De ti voy muy obligada,
Mosc. Ya nos veremos los dos.
Inès. Pues à Dios, Don Juan. *vase.*
Mosc. A Dios:
usted và bien despachada.
Vèn aqui ustedes por què
à veces ha sido buena
la obscuridad, pues me voy
haciendo de oro con ella.
Hà vil Inès, tù doblones
de contravando en mi ausencia!
Solo un escrupulo tengo,
y es, que Inès seis reales lleva
de calderilla en la bolsa,
con que và à mi costa llena;
y no sè por Dios, si son

echa-

ochavos los que me dexa:
ahora digo, que es maldita
la obscuridad; quièn tuviera
un candil de garavato.

Sale Don Juan como à obscuras.

Juan. Pues ya la noche hace treguas
con el sueño, y à esta hora
Inès dice que me espera,
vengo à saber del papel
el sucesso.

Mosc. Passos suenan,
ò estoy borracho.

Encuentranse los dos.

Juan, Es Inès?

Mosc. Quièn en la calle estuviera!

Juan. No responde?

Mosc. Este es Don Juan, *ap.*
que buelve por la respuesta;
quiero engañarle en fallete:
yo soy. *A èl en tiple.*

Juan. Ay, Inès! què nuevas
dàs à mi amor? tu señora
leyò el papel? à mis penas
ofrece alguna esperanza?
acaso es mi muerte cierta,
ò mi vida? habla por Dios.

Mosc. Señor mio, albricias vengan:
la mejor nueva del mundo
te traygo.

Juan. Dila, què esperas?
acaba, Inès.

Mosc, Mi señora,
si no me mienten las señas,
està perdiendo su juicio
por ti.

Juan. Què dices? espera,
esso hace Doña Isabèl?

Mosc. La pobre señora queda
desmayada por tu causa.

Juan. Inès mia, dexa, dexa
que te abrace.

Mosc. No es posible.

Juan. Por què?

Mosc. Porque soy doncella,
y vengo en paños menores.

Juan. Pues toma aquesta cadena.

Dale una cadena.

Mosc. Mira si traes otra cosa.

Juan. Y ahora, Inès, vete apriessa
à socorrer à tu ama,
que yo pagarè essa deuda
algun dia: à Dios.

Vase Don Juan.

Mosc. Señores,
havrà alguno que esto crea?
yo cadena, yo doblones,
quando esperè que me dieran
cien palos! el buen Don Juan,
què lindo despacho lleva!
yo apuesto, que desde aqui
và el pobre à sacar libreas
para casarse mañana.
Vive Dios, que con la puerta
no encuentro, mejor serà
aguardar à que amanezca:
passearme quiero un poquito,
porque el sueño no me venza,
que dicen, que los passeos
hacen las horas pequeñas.
Ahora bien, señor Moscon,
què haremos de esta cadena?
llevarla al contraste? si,
aunque la echura se pierda.
Parece que estoy inquieto;
què poco el rico sossiega!
acabòse; de esta vez
compro casa, y pongo renta.
Pero los rayos del Sol
por esta ventana entran,
que como es Verano, acaso
debiò de quedarse abierta;
yo me escurro, pues la luz
me guia, alli està la puerta,
doy con mi cuerpo en la calle.

Al irse sale Doña Isabèl.

Isab. Què poco el sueño sossiega
con un cuidado; mas Cielos,
què miro!

Mosc. Hemosla hecho buena.

Isab. Cielos, no es este criado
de Don Benito? hay mas penas!
què haceis aqui? hablad.

Mosc. Señora,
ayer tarde en essa pieza

mi amo, y yo nos escondimos.
Isab. Ya lo sè.
Mosc. Pues usted sepa,
que mi amo pudo salir,
y yo me quedè en tinieblas
esta noche, por las costas.
Isab. Ay de mi! sacarle es fuerza,
porque no le vea mi hermano:
idos.
Mosc. Que me place, Reyna:
hay mas azares!
Al irse Moscon sale Don Luis.
Luis. Hermana?
Mosc. A Dios, soltòse la presa. *ap.*
Isab. Mi hermano: sin alma estoy! *ap.*
Luis. Mas quien es?
Mosc. Requiem æternam:
el manto que traygo à Inès
me valga aqui.
Isab. Yo estoy muerta!
Luis. No hablais, hidalgo?
Mosc. Señor,
aunque el estrañarme es fuerza,
yo soy oficial del Sastre
de casa.
Isab. Què bien lo enmienda!
Luis. Y à què venìs?
Mosc. A traer
este manto; y por mas señas,
es para esta mi señora.
Isab. Sì, hermano, yo que viniera
le mandè, y es oficial
(ayude amor mi cautela)
de Juan de Vergara, el Sastre
de casa.
Mosc. Anduvo discreta,
pues ya sè como se llama.
Luis. Si no me mienten las señas,
con vos, y con otro hidalgo
anteayer una pendencia
en el Prado Nuevo tuve,
y vuestros trages, sospechas
daban de ser forasteros.
Mosc. Si Don Diego aqui estuviera *ap.*
èl mintiera por entrambos.
Es verdad, que de la guerra
vine anteayer; pero antes
fui aprendìz, y mi conciencia
no era para ser Soldado.
Quise bolverme à mi tierra,
y queriendo professar
Religion mas recoleta,
hice voto de ser Sastre.
Luis. Vos lo pintais de manera,
que os creo: dexad el manto,
è idos.
Mosc. Disparate fuera: *ap.*
no està acabado. Al Don Luis *ap.*
le he de pescar su moneda.
Juan de Vergara, señor,
me dixo, que te dixera,
que le embies del dinero
que le debes, algo à cuenta,
porque està muy alcanzado.
Luis. Siempre este hombre me atormenta
por dineros: no los tengo.
Mosc. Yo de ninguna manera
puedo bolverme sin ellos.
Luis. Cansado sois: hay tal tema!
llevadle essos ocho escudos,
porque ahora estoy de priessa,
y decidle, que mañana
puede venir por la resta.
Mosc. Vivas mil años: señores,
què bien engañados quedan!
y yo me voy à mi casa
con doblones, y cadena.
Vase Moscon.
Luis. Hermana, quedate à Dios,
que tengo una diligencia
que hacer.
Isab. Pues Don Luis, no tardes.
Luis. Apriessa darè la buelta.
Vase Don Luis.
Isab. De estraño susto he salido:
à quièn suceder pudiera
este lance? muerta estuve.
Sale por la puerta de enmedio Doña Juana.
Juana. Què novedad es aquesta?
tù vestida tan temprano?
Isab. Aquesso mismo pudiera
preguntarte, amiga, yo.
Juana. Facil serà la respuesta;

pues

pues à estas horas à hablarte
me trae, amiga, una pena,
y estoy de ti muy quexosa.
Isab. Quexosa?
Juana. Sì: bien te acuerdas
de aquel hombre, que antenoche
libraste, por essa puerta
de mi quarto.
Isab. Aquesso hice,
porque Don Luis no le viera.
Juana. Tambien yo tenia esse riesgo,
pues tengo hermano; esta quexa
es la que tengo de ti,
y tu sanearla pudieras,
si quieres hacer por mi,
Isabèl, una fineza.
Isab. Què puedes pedirme tu,
que dificultoso sea
en mi amistad?
Juana. Siempre fuiste
mi amiga muy verdadera.
Sabràs, que à este Cavallero,
de quien hablamos, en deuda
le estoy, desde que en el Prado::-
pero esta es larga materia
de contar, y que à ti, amiga,
no te hace al caso el saberla.
Solo digo, que me importa
hablarle, y aunque pudiera
verle en mi casa, ya vès
el peligro à que se empeña
mi honor, si le vè mi hermano;
y asi, amiga, yo quisiera
fuesse en tu jardin, pues tu
nada en este lance arriesgas,
sabiendo las pocas veces
que Don Luis tu hermano entra
en èl, y aunque venga acaso,
teniendo una falsa puerta
el jardin, que hace à la calle,
podrà salirse por ella.
Isab. Què es lo que escucho! tambien *ap.*
à Doña Juana festeja
Don Benito! de esta suerte
he de apurar mi sospecha.
Amigas somos las dos;
y asi, Doña Juana bella,
fiarte puedes de mi:
es amor el que te fuerza
à hablar à este Cavallero?
Juana. A quièn mejor lo dixera,
que à ti? no es sino mostrarme
agradecida, y atenta
à una obligacion: por què
lo preguntas? *Isab.* No me pesa
de hallarte tan libre el alma:
ha ingrata, quièn te creyera! *ap.*
porque mi hermano te mira::-
Juana. Ay, amiga, essas materias
no las tratamos nosotras,
y asi responde mi lengua,
que tengo hermano, y que estoy
à su obediencia sujeta;
pero dexando esto à un lado,
què me respondes?
Isab. Que sea
como gustares, amiga.
Juana. Pues ya, con essa licencia,
voy à escrivirle un papel,
en que le dirè, que venga
à las diez en punto à hablarme,
y una criada las señas
le darà de tu jardin,
para que errarle no pueda.
Quedate à Dios, que esta noche
vendrè à verte.
Vase Doña Juana.
Isab. Norabuena,
de todo quedò avisada.
No es mala ocasion aquesta
de apurar de Don Benito
el engaño: à toda priessa
voy à escrivirle un papel,
pues no conoce mi letra,
en nombre de la tapada,
y pues sè, que à las diez queda
de llamarle Doña Juana,
pondrè, que à las ocho venga
para hablar antes con èl,
sin que conocerme pueda,
y de esta suerte sabrè
en qual de las tres se emplea
su amor; y porque el jardin
no conozca, harè que tenga

una silla prevenida
Inès, y que èl venga en ella,
rodeando algunas calles,
porque confuso no sepa::-
Pero mejor el sucesso
lo dirà, que yo: cautelas
ayudadme, y hasta tanto
que satisfacerme pueda,
de à qual de las tres se inclina,
denme los Cielos paciencia. *vase.*

Sale Don Diego solo.

Dieg. A quièn havrà sucedido
lo que à mi me està passando!
en la casa de Isabèl
anoche quedò encerrado
Moscon, y si alli le encuentra,
(ay de mi!) Don Luis su hermano,
sin culpa mia se arriesga
su opinion, y su recato.
Toda la noche en la calle
ha assistido mi cuidado
vigilante, y no ha salido;
y ahora à la calle, entre tanto
que salgo de aquestas dudas,
buelvo otra vez à buscarlo.
Amor, pues Doña Isabèl
es el dueño, que idolatro,
perdoneme la tapada,
y Doña Juana; oy consagro
à tu piedad este empeño.

Sale Don Ped. Diego?

Dieg. Buen sermon aguardo *ap.*
de mi padre.

Ped. Venid acà,
sabeis quien sois?

Dieg. No he dudado,
señor, que soy vuestro hijo,
y que con esto soy quanto
puedo ser. *Ped.* No lo pareceis;
vive Dios, que no dais passo,
que en descredito no sea
de vuestra opinion, cobrando
fama (con què verguenza
lo digo) de hombre tan vario,
y mentiroso, que sois
la nota, el objeto, el blanco,
y la fabula del Pueblo,
que es un pùblico theatro
del hombre, donde en balanza
igual se representaron
del sugeto de los hombres,
la calumnia, ò el aplauso.
Vos os llamais Don Benito
Perez, y siendo casado
en Flandes con Doña Luisa
de Mendoza, estais tratando
de casaros en Madrid?
estilo tan torpe, y baxo
no os lo enseñò vuestra sangre:
dos veces quereis casaros
sin enviudar? yo presumo,
Diego, que ni sois Christiano,
ni Cavallero.

Dieg. Què escucho! *ap.*
vive Dios, que aquel borracho
de Moscon, aquel infame,
à mi padre le ha contado
mis sucessos. *Ped.* Declaradme,
antes que sea este caso
de Inquisicion, lo que en esto
huviere.

Dieg. Por Dios, que estraño,
señor, de vuestra prudencia,
que le deis credito à tantos
embustes: yo Don Benito
Perez? yo en Madrid me caso?
Jesus, què necias quimeras!

Ped. Quando todo fuesse engaño,
(bien pudo ser que Isabèl, *ap.*
por su honor, y su recato
lo fingiesse) por lo menos,
quando os encontrè encerrado
en casa de aquella dama,
fue mentira el disculparos,
con decir, que alli os entrasteis
por yerro, buscando acaso
à un Cavallero Flamenco?
pues de todo me he informado,
y sè, que ninguno vive
en ella.

Dieg. Aquesso està llano,
porque Don Guillermo Estroci
ha poco que se ha mudado
al barrio de la Merced,

y ayer le dì los despachos,
que de Flandes le he traìdo,
por mas señas, que à su quarto
se entra por un corredor,
passando primero el patio,
y una escalera, que tiene
un esconce à aquesta mano.
Ped. Vos lo pintais de manera,
que os lo creo.
Sale un criado.
Criad. Don Fernando
de Andrada, tu grande amigo,
te està en el coche esperando.
Ped. Yo le avisè, que esta tarde
viniesse à llevarme al Prado:
ahora bien, Diego, de vos,
siendo, como sois, casado,
ruindad ninguna he temido,
y que enmendareis aguardo
la otra faltilla; mas esto
se ha de tratar mas despacio:
quedaos con Dios. *Vase.*
Dieg. Vive el Cielo,
que ha de pagarme este enfado
el vergante de Moscon.
Sale Moscon.
Mosc. Gracias à Dios, que te hallo,
señor mio.
Dieg. Pues infame,
despues que me ocasionaron
tus embustes, con mi padre
un disgusto tan pesado,
te pones en mi presencia?
vive Dios:-
Mosc. Detèn la mano.
Dieg. Picaro, chismoso:-
Mosc. Ay tal!
yo à tu padre?
Dieg. Sì, villano.
Mosc. Por no perder la costumbre
de mentir, me ha levantado
un testimonio.
Dieg. Agradece,
picaro, que no te mato.
Mosc. El està loco.
Dieg. A esta dama:-
Sale Inès tapada con un papel,
Mosc. Ya le ha venido à mi amo
lo que ha menester.
Dieg. A quièn
buscais, dama bella?
Mosc. Andallo,
mas que la enamora à tiento?
descubrid la faz, sepamos,
què moneda corre dentro
del talego de esse manto.
Dieg. Quita, necio: descubrios,
que hacer prisionero el garvo,
y el donayre, es tiranìa;
si no es que en esse nublado
disfrazais piadosa al Sol,
por no cegar con sus rayos.
Mosc. Si fuesse alguna buscona,
està muy bien empleado
el concepto; mas què es esto?
Sale Luisa por otra parte tapada, y con otro papel, cogen entre las dos à Don Diego enmedio.
à pares vienen los diablos
à tentar à mi Don Diego?
èl tiene ripio à la mano.
A quièn digo? Reynas mias,
no responden? si son trasgos,
con guarda infante? son mudas?
Hacen seña que si.
Sì? pues vayanse al estanco
del solimàn: mas pregunto,
buscanme à mì, ò à mi amo?
Hacen señas, que à Don Diego.
Dieg. A mì decìs? què mandais?
aunque el misterio no alcanzo
de tanto silencio, dos
Danle las dos dos papeles à Don Diego, hacen una reverencia, y vanse.
papeles me dais cerrados,
y os vais sin llevar respuesta?
oìd, esperad.
Mosc. Volaron;
vive Christo, que son brujas:
abre, y lee.
Dieg. Leo, y abro,
Lee D. Diego. *Si fiais de mi obligacion mi agradecimiento, al anochecer os espera*

pera una silla en la puerta de la Encarnacion, donde, porque importa mi recato, os llevaràn à parte que yo salga de este empeño, y vos cobreis la memoria perdida.

La tapada del Prado Nuevo.

Mosc. Què piensas hacer?

Dieg. Moscon,
acudir al señalado
puesto, y servir à esta dama.

Mosc. Y si aqueste fuesse engaño?

Dieg. En mi valor fuera injuria
mirar en rezelos vanos.

Mosc. Sabes quien es la tapada?

Dieg. Doña Isabèl me ha contado,
que se llama Doña Juana
de Roxas.

Mosc. Vamos al caso,
abre el segundo papel,
y lo que dice veamos.

Lee D. Diego. *Por escusar à mi hermano una sospecha, no os suplico me veais en mi casa; en la de una amiga espera mi quexa tomar satisfaccion de vuestro olvido, y para esto os buscarà una criada à las diez en la fuente de Leganitos.*

Mosc. No firmò?

Dieg. No.

Mosc. Quièn serà
essa dama?

Dieg. Ya he pensado,
que es, segun dicen las señas,
Doña Juana de Avendaño.

Mosc. Piensas ir à verla?

Dieg. Sì,
que en esto no hay embarazo,
siendo distintas las horas.

Mosc. Y Doña Isabèl?

Dieg. Es llano,
que la adoro.

Mosc. Pues Don Diego,
còmo empeñas tu cuidado
en tantas partes?

Dieg. Moscon,
ya en esta ocasion no hallo
como escusarme, y en ella
à Doña Isabel no agravio,
pues sin intencion la ofendo.

Mosc. Aunque me lo diga un Santo,
no lo he de creer de ti.

Dieg. Discurres como hombre baxo,
que en este duelo de amor,
quando me siento obligado
de dos mugeres tan nobles,
del pundonor fuera agravio
negarme à lo agradecido,
faltando à lo cortesano:
y assi, perdone Isabèl,
porque en esta accion no hallo,
que dexe de ser amante,
por dexar de ser ingrato. *vanse.*

Salen Doña Isabèl, è Inès.

Inès. Esto que digo ha passado:
dìle, señora, el papel,
y sin la respuesta de èl,
como tù me lo has mandado,
sin ser conocida, vengo
volando.

Isab. Aquesto importò
à mi decoro, pues yo
de aquesta suerte prevengo
traerle aqui recatado,
para averiguar assi,
Inès, si me quiere à mi,
ò à la tapada del Prado;
pues aunque una misma he sido,
permiten, Inès, los Cielos,
que yo de mi tenga zelos.

Inès. Ya todo està prevenido,
la silla en la Encarnacion
queda aguardando, y la puerta
està del jardin abierta.

Isab. Fue cuerda resolucion,
que no sepa donde viene,
y entienda, que le ha llamado
la tapada, que en el Prado
le hablò.

Inès. Muy bien lo previene
tu industria; pero yo infiero,
que ocultarlo es gran delito,
señora, que el Don Benito
es grandissimo embustero;
porque otro papel le diò

Luisa, quando yo lleguè,
y aunque disfrazada fue,
pude conocerla.

Isab. Yo,
todo lo he trazado, à fin
de averiguar mis desvelos,
sus engaños, y mis zelos.

Inès. Ya quedas en el jardin;
Dios te dè muy buena mano,
y con bien à tu hermosura
saque de aquesta aventura.

Isab. Retirate, y si mi hermano
viniere::-

Inès. Ya te he entendido,
vendrè volando à avisarte. *vase.*

Ponen à la puerta avocada una silla de manos, y dentro ha de estàr Don Diego, y dicen dentro dos mozos de silla.

1. Domingo, en aquesta parte,
segun nos han prevenido,
hemos de dexar la silla.

2. Quita los palos.

1. Ya lo hago.

2. Y vamos à echar un trago
à la hermita de Juanilla.

Sale Moscon rebozado.

Mosc. Siguiendo vengo à mi amo,
para vèr en lo que paran
estos sucessos: parece,
si la noche no me engaña,
que este es de Doña Isabèl
el jardin; su puerta falsa
es esta, ò yo estoy borracho.

Arrimase Moscon à un lado, y sale de la silla Don Diego.

Dieg. Aqui sin duda me aguarda
la tapada, y por las señas
de las flores, y las ramas,
que apenas la noche obscura
dispensa entre sombras pardas,
este es jardin.

Isab. Ya ha venido:
amor, tu industria me valga.
Sois Don Benito?

Dieg. Si soy;
y porque un error no haga
grossero el afecto mio,
decid si sois la tapada
del Prado.

Isab. Hablad sin rezelo,
la misma soy.

Dieg. Nunca el alma
pudo engañar mis sentidos.

Isab. Teneisme tan olvidada,
(fingirè la voz) que dudo,
aun siendo yo la que os llama,
que hayais acertado à verme.

Dieg. Solo puede mi ignorancia
disculpar este descuido;
pues si no sè vuestra casa,
ni quien sois, aunque os adoro,
còmo pudieron mis ansias
solicitarme essa dicha?

Isab. Luego me quereis?

Dieg. El Alba
no es tan amante del Sol,
y menos enamorada
la Clicie vive en sus rayos,
y muere, que mi esperanza
para amaros.

Isab. Deteneos,
y essos requiebros de nacar,
que sin alma las pronuncia
el ayre de las palabras,
à Doña Isabèl Pacheco
guardad, que deidad tan rara,
à ingratos, no ha merecido
correspondencias tan falsas.

Dieg. Què escucho! viven los Cielos,
que sabe quanto me passa *ap.*
con Isabel: què decìs?
hay quimera mas estraña!
yo à Doña Isabèl Pacheco
galanteo? aquessa dama
jamàs la he visto, ni hablado,
y esta vez sola juràra,
que oì su nombre.

Isab. Que nunca
la haveis visto?

Dieg. Cosa es llana,
que nunca la vi, ni hablè
en mi vida.

Isab. Pues no falta

quien diga, que cierta noche
por su jardin, y su casa
os librò de la Justicia.

Dieg. Esto està peor que estaba, *ap.*
todo lo sabe: señora::-

Sale Doña Juana.

Juana. Aqui me trae mi esperanza,
por vèr si viene Don Diego.

Isab. Passos siento; entre essas ramas
os retirad, mientras voy
à averiguar si son falsas
estas noticias.

Apartase un poco Don Diego, y Doña Isabèl llega donde està Doña Juana, y encuentranse.

Juana. Amiga Doña Isabèl?

Isab. Doña Juana,
ya vino aquel Cavallero,
llegaà hablarle, confiada
en mi amistad.

Juana. Pues amiga,
porque mas decente vaya,
que la ocasion, y la noche
son del pundonor contrarias,
tu has de acompañarme.

Isab. Yo
irè como tu criada;
esso es lo que yo deseo, *ap.*
porque averiguen mis ansias
estos engaños.

Llegase Doña Juana à Don Diego, y Doña Isabèl detràs de Doña Juana.

Dieg. Ya buelve.

Juana. Nunca creì, que llegàra
vuestro olvido à esta fineza.

Dieg. Siempre, hermosa Doña Juana,
(asi me dixo Isabèl, *ap.*
que se llama la tapada)
os mereciò mi cuidado,
que diesseis credito à tantas
ansias, como desde el punto
que os vi, ha padecido el alma.

Juana. Ay hombre mas embustero! *ap.*
à un tiempo quieres tres damas?
corrida estoy de quererle.
Hà traydor!

Sale Don Luis, y Don Juan.

Juan. Con vuestra hermana
està Doña Juana, y vengo,
por ser ya tarde, à llevarla.

Luis. Que estaban en el jardin
me dixeron las criadas.

Juana. Yo estoy de vos satisfecha;

A Don Diego.

mis sospechas fueron vanas,
y agradecida conozco
vuestras finezas hidalgas.

Dieg. Bien os merece mi amor,

En voz alta.

señora, essa confianza.

Luis. Què escucho!

Dieg. Y rendido, y ciego,
mi vida ofrezco à essas plantas.

Luis. Un hombre està en el jardin,
à què aguarda mi venganza?

Sacan las espadas Don Luis, y Don Juan.

Quien và?

Juan. Quien es?

Las dos. Ay de mi!
mi hermano.

Mosc. Santa Susana!
el diablo me hizo curioso;
pero esta silla me vaiga. *escondese.*

Isab. Fuerte lance!

Juana. Grave empeño!

Luis. No responde?

Dieg. Mis palabras

Riñen à tiento.

son de azero.

Las mugeres han de estàr detràs de Don Diego, y Doña Isabèl và llevando à Don Diego àcia la puerta del jardin.

Isab. Cavallero,
si antes que todo es la dama;
procurad ganar la puerta,
y vuestro amparo me valga,
que es mi hermano el que procura
con mi muerte su venganza.

Dieg. Seguidme las dos.

Isab. Ay Cielos!

Dieg. Aquesta es la puerta, entrambas
venid conmigo.

Echalas delante por la puerta del jardin, y dice Don Diego desde el paño.

Ninguno,
con malicia, ò ingnorancia,
podrà decir de mi brio,
que buelve al riesgo la espalda,
quando me llama el empeño
de un honor, y de una dama.

Vase con ellas por la puerta del jardin, y Don Luis, y Don Juan se encuentran riñendo, à tiempo que sale un criado con una hacha.

Los dos. Muere à mis manos.
Criad. Què es esto? *ap.*
Luis. Ha fiera! ha traydora! ha falsa!
Don Juan, no visteis un hombre,
que en este sitio (mis ansias
apenas hablar me dexan)
estaba ahora?
Juan. Ha tyrana
de mi honor! hablemos claro,
igual es nuestra desgracia:
Don Luis, aqui estaba un hombre,
y tambien nuestras hermanas
estaban en el jardin;
una ha de ser la venganza,
puesto que es una la ofensa.
Luis. Bien decìs, no quede rama
que ahora; mas vive el Cielo,
que abierta la puerta falsa
està del jardin, y el hombre
no parece: ha vil hermana!
Juan. Aqui una silla de manos!
misterios son, que no alcanza
mi cuidado.
Luis. Ved si en ella
hay alguno, que de tantas
dudas nos saque.

Abre la silla Don Juan, y descubrese Moscon rebozado.

Mosc. Señores,
descubriòse la maraña.
Luis. Quièn và?
Juan. Quièn es?
Mosc. Señor mio,
soy un pobre, que llevaban
al Hospital, y esta silla
es del Refugio.
Juan. De chanza
responde; viven los Cielos:-

Vale à dàr, y descubrese Moscon.

Luis. Detened, Don Juan la espada:
no es el Sastre:-
Mosc. Soy un puerco.
Luis. Que traxo esta mañana
el manto à Doña Isabèl?
Mosc. Faltaba en èl una cama.
Luis. No temais.
Mosc. Y por estàr
enfermo de mal de hijada,
le vengo à traer en silla.
Luis. En silla?
Mosc. Si, que en albarda
fuera venir indecente,
señor mio, à vuestra casa.
Juan. Don Luis, (perdone mi amor)
aunque os encubrì por causas
que importaron, que Don Diego
de Luna en Madrid estaba;
sabed, que es el Cavallero
de la pendencia passada,
y aqueste hombre es su criado.
Mosc. Arrojòse con la carga:
pobre Moscon.
Luis. Pues infame,
còmo atrevido me engañas,
con enredos, y quimeras?
Mosc. Esso de mentir, es maña,
que en la escuela de mi amo
lo aprenderà una calandria.
Luis. Tu has de decir quanto sabes

Saca la espada.

de este lance, ò esta espada
te harà hablar por muchas bocas.
Mosc. Essa cortesia basta
para obligarme: mi amo:-
Luis. Acaba, dilo.
Mosc. Se llama
Don Diego de Luna, aunque
le confirmò una tapada
en el Prado, havrà tres dias,
y es Don Benito su gracia.
Item, venimos de Flandes
los dos, por una impensada

desgracia, que allà tuvimos.
Item, entrambos, sin tassa,
mentimos, y enamoramos.
Item, Don Diego dilata
el casarse, porque tiene
desde que llegò, tres damas
en cierne; y de todas tres
es Doña Isabèl tu hermana
la Sultana.

Luis. Calla, aleve,
no pronuncies tal infamia
contra mi honor: vive el Cielo,
que he de lavar esta mancha
con la sangre fementida
de Don Diego, y que su casa
ha de bolver en ceniza
este incendio que me abrasa:
seguidme, Don Juan.

Juan. Amigo,
à todo trance mi espada
hallareis à vuestro lado:
què mucho, quando me llaman *ap.*
zelos, y honor?

Luis. Tu, villano,
porque à dar cuenta no vayas
del sucesso, vèn conmigo:
camina, infame.

Mosc. El me agarra:
corchetico es el Don Luis?

Juan. Honor, tu industria me valga,
para que en las aras tuyas
sacrifique mi venganza.

Vanse llevando agarrado à Moscon, y salen Don Diego, Doña Isabèl, y Doña Juana como à obscuras.

Dieg. Ya estais en parte, señora,
donde assegurar podéis
del rezelo que teneis.
Sossegad un poco ahora
el susto, puesto que ha sido
el lance tan importuno,
tal mi suerte, que ninguno
hasta aqui nos ha seguido.
En mi casa estais, creed,
que os defenderà mi espada,
à vos, y à vuestra criada.

Isab. Yo agradezco essa merced,
y mi temor satisfecho
de vèr vuestras atenciones,
libra mis obligaciones
al valor de vuestro pecho.
Mas soy de lo que pensais;
y pues no me conoceis,
ni aun mi nombre no sabreis.

Dieg. Por Dios, que engañada estais.

Isab. Vos sabeis mi nombre?

Dieg. Si:
saliò vuestra industria vana,
sè que os llamais Doña Juana.

Juana. Aquesto dice por mi: *ap.*
no hay que dudar, èl me adora,
bien lo explica su cuidado.

Dieg. Pero una luz he mirado,
que àcia aqui viene: señora,
en aquessa pieza luego
os entrad, que no quisiera
que nadie de casa os viera.

Isab. Bien decìs.

Dieg. Pues entraos.

Escondelas à las dos, y salen Don Pedro, y un criado con una luz.

Ped. Diego?

Dieg. Señor?

Ped. En iras me abraso: *ap.*
què haceis aqui?

Dieg. Ahora vengo,
y hallè este quarto sin luz.

Ped. Ya no basta el sufrimiento:
venid acà, vos casado
sois en Flandes? es bien hecho
engañar à vuestro padre?
vive Dios, por embustero,
mentiroso, vil, è indigno
de la sangre que os diò el Cielo,
que os he de quitar la vida.

Dieg. Quièn os dixo (yo estoy muerto!)
que no soy casado?

Ped. Yo,
infame, que ahora vengo,
(ciego de colera estoy)
de hablar con un Cavallero
amigo mio, y que estuvo
con vos en Flandes à un tiempo,
el qual (ay de mi!) me ha dicho,

que

que es mentira, y embeleco
quanto decìs, à quien yo
preguntè advertido, y cuerdo,
si conociò à Doña Luisa
de Mendoza, ò por lo menos,
à Don Fernando su padre;
y èl admirado, y suspenso,
me respondiò, que era engaño,
y que os venisteis huyendo
por una muerte de Flàndes.

Dieg. Esto no tiene remedio, *ap.*
cogiòme todos los passos,
y pues finezas le debo
à la tapada, y està
por mi culpa en este empeño,
y es rica, y noble, pagarle
esta obligacion pretendo,
dandola mano de esposo;
decirle à mi padre quiero,
que ella es la dama de Flandes.

Ped. Estàs pensando otro enredo,
que decirme? pues no es facil,
que os lo crea.

Dieg. Antes me quexo
de vos, porque à vuestro hijo
tengais en tan mal concepto;
còmo en Flandes ha de estàr
mi esposa, si ahora vengo
de recibirla, y llegò
en aqueste instante mesmo?

Ped. Doña Luisa?

Dieg. Si señor.

Ped. Dònde està?

Dieg. En este aposento.

Ped. Y esso es verdad?

Dieg. Quièn lo duda?

Ped. Pues llamadla: el juicio pierdo!

Dieg. Bien podeis salir, señora.

Salen Doña Isabèl, y Doña Juana.

Aqui està; pero què veo!

Repara en ellas.

Doña Isabèl es por cierto,
y Doña Juana; esto es hecho:
muerto estoy!

Isab. Què es lo que miro! *ap.*
en esta casa mi suegro!

Ped. Seais, señoras: què miro!
muda estatua soy de hielo!
adonde està Doña Luisa?

A Don Diego.

Dieg. Señor::-

Ped. Mas aqui pretendo *ap.*
dissimular: advertid,
hijo, que es engaño el vuestro,
porque esta dama que vès,
es Doña Isabèl Pacheco,
la que ha de ser vuestra esposa.

Juana. Hay mucho que hacer en esso;
porque primero soy yo,
y à mi me quiere Don Diego.

Isab. Albricias, amor: què escucho!
este es el novio que espero!

Dieg. Doña Isabèl, Cielos, era
la que me daban por dueño!

Isab. Amiga, cansaste en vano.

Juana. Còmo en vano? bueno es esso.

Ped. Entendamonos, señoras.

Dent. Juan. Echad la puerta en el suelo.

Salen Don Luis, Don Juan, y Moscon, y sacan los dos las espadas.

Mas què miro! ha vil hermana!
oy satisfacer intento
con tu sangre aqueste agravio.

Luis. Muere, tyrana.

Las dos. Què veo!
mi hermano.

Los dos. Mueran.

Dieg. No es facil, *Riñen.*
que yo soy quien las defiendo.

Ped. Esperad, señor Don Luis,
que para todo havrà medio.

Juan. Para quedar bien los dos,
por impossible lo tengo.

Ped. Señor Don Luis, escuchadme:
como advertido, y atento
dè à vuestra hermana la mano
de esposo, tendrà este duelo
fin?

Luis. En esso poneis duda?

Ped. Pues hijo, dale al momento
la mano à Doña Isabèl.

Dieg. Esso es lo que yo deseo:
tu esclavo soy, dueño mio.

Juan. Esperad, señor Don Diego;

por-

porque antes que se la deis
vengar mi agravio pretendo.
Vos me sacasteis de casa
à mi hermana, y desatento,
faltando à la ley de amigo,
me ofendeis; y en este empeño,
ayroso queda Don Luis,
y yo desayrado quedo:
y asi, à mi hermana le dad
la mano aqui, ò de no hacerlo,
os responderà el valor
con la lengua del azero.
Dieg. Señor Don Juan, escuchadme:
vuestro amigo verdadero
fui siempre, y os asseguro,
que culpa ninguna tengo
en que estè aqui vuestra hermana;
y estoy por Dios tan suspenso
de hallarla aqui, como vos,
pues sin culpa mia::- *Isab.* Esso
à mi el decirlo me toca:
Yo hablè esta noche à Don Diego,
en nombre de una tapada;
pero despues el sucesso
sabreis de espacio; mi amiga
no ha tenido culpa en esto,
porque estando en el jardin
entrasteis los dos, à tiempo,
que conmigo Doña Juana
en èl estaba, y temiendo
las dos vuestra indignacion::-
Luis. No digas mas, ya hallè medio
para quedar bien los dos.
Juan. Pues cómo es posible?
Luis. Siendo
yo esposo de vuestra hermana,
que pues yo estoy satisfecho,
vos tambien podeis estarlo.
Juana. Esto no tiene remedio,
mi amor muera, y mi honor viva.
Juan. Yo soy el dichoso, ya
solo de mi honor me acuerdo.
Mosc. Y aqui la Comedia acaba,
cuyo titulo à Don Diego
le vino bien, pues que supo
Mentir, y mudarse à un tiempo.

F I N.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes Titulos en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la calle de la Paz. Año de 1746.